

Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Otra estrella en la bandera

De nuevo nos traslada el autor a un país imaginario situado en América del Sur y llamado Santa Pascua. Y este pequeño país con unas pequeñísimas Fuerzas Armadas, ha declarado la guerra a Estados Unidos. Aunque en Washington consideran que es descabellado, también piensan que puede haber «gato encerrado», por eso, a la vez que movilizan a la Flota del Pacífico para que ponga rumbo a Santa Pascua, la CIA encarga a su mejor agente que investigue lo que realmente está pasando.



Lou Carrigan

Otra estrella en la bandera

Brigitte en acción - 199

ePub r1.1
Titivillus 28.05.2019

Lou Carrigan, 1975
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA, entró casi tímidamente en el silencioso *dojo*, mirando hacia el verde tatami donde el menudo japonés realizaba impecables movimientos de judo, con gran solemnidad, volteando a su oponente de un modo escalofriantemente fácil.

Un oponente, por otra parte, que no parecía demasiado difícil de derribar, ya que, con una elegancia inaudita, más parecía volar que ser derribado, para caer sobre el tapiz con seco golpe, con uniforme chasquido de su cuerpo y de su brazo protector. Caía como si fuese de una sola pieza, como si su cuerpo estuviese precisa y únicamente conformado para efectuar una y mil veces aquella clase de caídas, que muy posiblemente habría descoyuntado los huesos a una persona corriente.

Pero, sin duda, el oponente del japonés no era ni había sido jamás una persona corriente.

Incluso ataviada con el *judogi* de fuerte tela, sueltos los negros cabellos, impávido el rostro brillante de sudor, la señorita Brigitte Montfort seguía siendo la más bella y dulce muchacha del mundo. Belleza y dulzura que no le impedían en lo más mínimo ser, al mismo tiempo, la espía internacional más peligrosa jamás nacida. La agente número uno del Grupo de Acción de la CIA norteamericana, el terror de todos los espías del mundo.

En aquellos momentos parecía estar recibiendo una soberana paliza, sin embargo. Paliza que soportaba sin un gesto, sin un jadeo, sin que su bellísimo rostro ni sus grandiosos, maravillosos, sensacionales, ojos azules expresasen la menor disconformidad, ni dolor, ni fatiga. En manos de aquel japonés, también ataviado con el clásico judogi, parecía efectuar el más elegante baile, que terminaba, una y otra vez, en el tapiz, siempre con seco chasquido

de todo su cuerpo, de su brazo. Una y otra vez se levantaba, lenta, ceremoniosamente, y una y otra vez atacaba al japonés, que la esperaba, desviaba su ataque, la volteaba…

Para un profano, aquello parecía… un juego, más o menos espectacular. Para un entendido en judo, presenciar aquello habría sido un privilegio indiscutible. Y así parecían entenderlo los demás alumnos, que sentados sobre sus talones contemplaban los movimientos con admiración, en silencio respetuoso. Allí solamente se oían los sonoros chasquidos del cuerpo de la señorita Montfort contra el tapiz. No hacían falta explicaciones ni advertencias: estaban presenciando una de las altas *katas* del judo.

La última caída de la señorita Montfort fue quizá la más espectacular, y, desde luego, la más sorprendente: con los brazos en cruz, se colocó a espaldas del japonés, que, en la misma postura, y volviéndole también la espalda, inició un giro majestuoso; los dos quedaron de costado respecto al otro; la señorita Montfort avanzó, y una vez más atacó… Sorpresa: el japonés, simplemente, se dejó caer al suelo, de espaldas… y la señorita Montfort se encontró ante el vacío para descargar su ataque. Consecuencia: vencida por la inercia, cayó hacia adelante, dio una vuelta completa en el aire y cayó también de espaldas, quedando su cuerpo formando una «T» con el del japonés. Si esto hubiese ocurrido sobre una superficie dura, la señorita Montfort se habría roto, por lo menos, la cabeza.

Por fortuna, el tapiz admitía aquellas caídas sin menoscabo de la integridad física.

Luego, lentamente, ambos practicantes se levantaron, se retiraron uno a cada extremo del tapiz, se arrodillaron, colocaron las manos ante sus rodillas e inclinaron el torso, en lento, ceremonial saludo. El japonés fue el primero en ponerse en pie, y se acercó sonriente a la señorita Montfort. Los demás alumnos también se pusieron en pie y se colocaron por parejas, mientras el japonés, muy amablemente, se dedicaba a hacer algunas indicaciones a la señorita Montfort, cuyo cinto era negro; en un lado de la solapa destacaban cuatro pequeñas rayas, también negras, distintivo del 4.º Dan. El japonés llevaba un cinto con anchas franjas verticales rosas y blancas; es decir, como mínimo, 6.º Dan.

Charles Alan Pitzer estaba intentando llamar la atención de la señorita Montfort, pero ésta parecía no verle. Sólo cuando el

japonés terminó sus indicaciones, desvió su azul mirada hacia el jefe del espionaje norteamericano en el Sector de Nueva York. Inclinó la cabeza ante el japonés, se colocó en el borde del tatami, volvió a saludar en dirección al japonés y luego hacia el centro, y salió, metiendo los pies en unas zapatillas de suela cuadrada. Se colocó una toalla alrededor del cuello, y se acercó a Pitzer, mirándole un poco enfurruñada.

—Tío Charlie —dijo como saludo—: le he dicho muchas veces que cuando estoy practicando judo es como si no existiera para el mundo.

—Bueno —gruñó Pitzer—, será mejor qua vaya a vestirse…, si ya ha terminado de jugar.

La espía más peligrosa del mundo se detuvo en seco en su marcha hacia los vestuarios.

—¿Un juego? —Se pasmó—. Señor mío: ha estado presenciando usted la *ltsutsu no kata*, nada menos. Para realizarla como lo ha hecho mi maestro hacen falta no menos de veinte años de judo. Y casi el mismo tiempo para secundarle.

—Ya sé que el señor Tomaki Kurita lleva muchos años dedicado al…

—Maestro Kurita —corrigió suavemente Brigitte.

—¿Qué más da maestro que señor?

—El maestro es ambas cosas: señor y maestro. El señor, es sólo señor. Así que, cuando hable conmigo, diga maestro Kurita… Hace muy poco que ha regresado de Japón con su séptimo Dan, y solamente se le puede llamar maestro.

—Está bien, está bien… Supongo que ahora querrá usted ducharse y todo eso.

—No sé qué es «todo eso»; pero, desde luego, pienso darme una estupenda ducha… Le autorizo a acompañarme al vestuario: en este lugar, mi reputación está por encima de cualquier comentario… ¿Le ha gustado la *kata* de Los Cinco Principios?

—¿De los qué?

—De Los Cinco Principios: concentración de energía y acción, reacción y no resistencia, aplicación del giro en círculo, ley de la alternancia y ley del vacío o la inercia.

—Para mí, es como si estuviese hablando en chino.

—Pues no —rió deliciosamente Brigitte—: solamente le estoy

hablando de acuerdo a la mentalidad japonesa.

—Me parece que complica usted demasiado lo que a fin de cuentas es sólo una lucha.

Brigitte se detuvo en el pasillo y se quedó mirando a su jefe de Sector. ¿Sólo una lucha? Acabó de mover negativamente la cabeza: no, no podría explicarle a Pitzer todo lo que ella había tardado tantos años en aprender… Sería como tirar una piedra a un barranco y esperar que rebotase hasta nuestras manos.

—No discutiré con usted —sonrió—… Dígame: ¿por qué ha venido a meter sus narizotas en mi remanso de paz?

—¡De paz! —bufó Pitzer—. ¡Llamar remanso de paz a un lugar donde se enseña a matar al prójimo con un dedo!

—Si el prójimo nos deja en paz, no morirá —aseguró Brigitte—… Y ya que hablamos de paz; supongo que usted ha venido con esta urgencia para enviarme a algún sitio donde, precisamente, no es paz lo que sobra. ¿Acierto?

—De lleno.

Habían reanudado la marcha por el pasillo decorado a la japonesa, con suaves luces indirectas y bellos cuadros de flores. Se desviaron a la derecha, y llegaron ante la puerta del vestuario femenino.

—No hay hoy ninguna compañera —dijo Brigitte—. Pase, tío Charlie. Me ducharé en tres minutos. Supongo que esa misión podrá esperar tres minutos.

—Esperemos que sí —murmuró Pitzer.

Entraron; ella mirándole atentamente. Pitzer se volvió de espaldas, y Brigitte entró en una de las duchas acristaladas. Estuvo menos de tres minutos. Salió, comenzó a secarse con una gran toalla, y murmuró:

—¿Dónde está el problema para la CIA?

Pitzer se volvió y se sentó en uno de los bancos, mirando siempre maravillado a la más divina espía del mundo.

—¿Conoce Santa Pascua?

—Claro. Doscientos mil kilómetros cuadrados, seis millones de habitantes, café, cacao, abonos…, y poca cosa más. Está entre los quince y veinte grados de latitud Sur y los sesenta y siete y setenta de longitud Oeste. Naturalmente, en América del Sur, con costa en el Pacífico y una zona todo lo montañosa que corresponde a los

magníficos Andes. Es un país muy pobre, a pesar de los esfuerzos de su presidente, el general Waldo Ayala. Un gran hombre.

—Ha olvidado usted algunos detalles de Santa Pascua —susurró Pitzer—: como, por ejemplo, sus fuerzas armadas.

Brigitte dejó de secarse, y contempló sonriente a Pitzer.

—¿Sus fuerzas armadas? Bueno, parece que todo país tiene a orgullo disponer de fuerzas armadas, aunque sea a costa de privaciones en otros aspectos. Claro, Santa Pascua dispone de fuerzas armadas… ¿Cuántas?

—Un par de docenas de cazas, media docena de bombarderos medios, treinta carros de combate, un total aproximado de cien piezas de artillería dignas de este nombre, media docena de submarinos, media docena de lanchas torpederas, un total de doce navíos de combate en superficie y alrededor de diez mil hombres para servir todos ese material bélico y formar su núcleo de infantería.

—Lo cual representa a Santa Pascua un gasto muy considerable… Gasto que no está justificado por la potencia de esas fuerzas armadas.

—Quizá no les haya costado demasiado dinero todo ese material: es de fabricación rusa.

—Ya. Sí; podemos suponer que todo ese aparato bélico ha sido… un obsequio de Rusia.

—Es posible que haya sido un obsequio. Sin embargo, lo cierto es que Santa Pascua adeuda a Rusia la cantidad de ochenta millones de dólares. Esto es noticia confidencial y absolutamente digna de crédito.

—Parece que ya nadie da nada por nada —sonrió la divina—… ¿Cuál es mi papel en todo esto? ¿Debo enterarme de los propósitos de Rusia al armar a Santa Pascua?

—Los propósitos son ya bien conocidos en Washington: nos han declarado la guerra.

Brigitte respingó, palideció, y se quedó mirando con expresión desorbitada a Pitzer.

—¿Los rusos nos han declarado la guerra? —Casi gritó.

—No, no. Los rusos, no. Los de Santa Pascua.

La bellísima y mortífera espía se quedó inmóvil, con la boca abierta, con el gesto de una niña que ve a un mago sacar media

docena de conejitos de su sombrero de copa.

—¿Qué?

—Que nos han declarado la guerra. En Washington están estudiando la forma de… soslayar una situación tan absurda, aprovechando que el comunicado internacional todavía no ha sido dado a conocer. Naturalmente, Washington considera esto como descabellado, pero, al mismo tiempo, piensa que puede haber gato encerrado.

—Pe-pero… Me parece que no he comprendido bien… ¿Quiénes nos han declarado la guerra?

—Santa Pascua.

—¿A nosotros?

—Sí.

—¿A los Estados Unidos de América? ¿A USA?

—Sí.

—¡Vamos, tío Charlie! —bufó por fin Brigitte—. ¡Usted ha venido aquí a gastarme una estúpida broma!

—No.

—Pero… pero… pero… ¿Están locos? ¡Por Dios! ¡Un ejército ridículo desafiando a las más poderosas fuerzas armadas del planeta Tierra! ¡Santo cielo!… ¡pero si podemos aplastarlos en sólo un día! ¿Qué digo, en un día…? ¡En una hora!

—Quizá suceda eso… La Flota del Pacífico ha sido avisada para que ponga rumbo inmediatamente a Santa Pascua. Dentro de un par de días, estará frente a sus costas. Tan sólo con que los pascuenses se hagan a la mar con sus efectivos, serán aniquilados. En cuanto a sus fuerzas aéreas, es más que posible que ni siquiera lleguen a poder despegar si desde nuestros portaaviones envían al interior del país nuestros…

—¡Usted no está hablando en serio! —Brigitte estaba pálida como un cadáver—. ¡Estados Unidos no puede hacer eso!

—¿Y qué quiere que hagamos? ¿Qué permitamos a esos locos llegar a nuestras costas y bombardearnos?

—No… No, no, claro, pero… ¡Hay que poner a la ONU en conocimiento de…!

—Santa Pascua no pertenece a la ONU Precisamente, no ha podido conseguirlo debido al veto de Estados Unidos, ya que, bien saben en Washington las tendencias comunistas de Santa Pascua, su

amistad con Rusia, su admisión de armamento… Contra lo que podía esperarse, Rusia no ha hecho el menor esfuerzo, no ha efectuado la menor presión para que Santa Pascua fuese admitida en la ONU y ahora, Santa Pascua ha declarado la guerra a Estados Unidos.

—Es como… si un pajarillo le declarase la guerra a un águila…

—Quizá. Pero resulta que ese pajarillo es muy amigo de otra águila muy poderosa: Rusia.

—¿Cree que todo esto es un plan soviético?

—¿Se le ocurre a usted otra explicación? —preguntó a su vez Pitzer.

Brigitte se pasó una mano por el demudado rostro.

—No puede ser… ¡No puede ser! Finalmente, se ha conseguido poner fin a esa horrenda contienda en Vietnam, al menos oficialmente, y es de esperar que muy pronto todo se tranquilice. La paz… Solamente queda Oriente Medio pendiente de una solución… ¡Y ahora nos salen esos locos con una declaración de guerra! No lo entiendo… ¿Qué puede perseguir Rusia con esta barbaridad?

—En nuestra Central han pensado que convendría precisamente saber eso. Y como es lógico, míster Cavanagh me llamó para que la pusiera a usted en antecedentes. Sea lo que sea lo que hagamos, tiene que ser con la máxima urgencia. Por el momento, esa declaración de guerra está siendo… ignorada por Estados Unidos. Pero, cuando Santa Pascua lo haga trascender, tendremos que tomar una decisión… Que no sería la de dejarnos cañonear ni bombardear, por supuesto. Ni siquiera por un pajarillo.

—Tío Charlie…, ¿no se da cuenta? Si nosotros aceptamos esa contienda, Rusia se pondría de parte de Santa Pascua… Y eso significaría, muy probablemente, la Tercera Guerra Mundial… ¿De verdad no me está gastando una odiosa broma?

Charles Pitzer sacó un sobre del bolsillo interior.

—Pasaporte a nombre de Marina Dolores, ciudadana pascuense; dinero del país, historial para que lo estudie durante el viaje, últimos datos políticos, sociales y económicos de Santa Pascua… Un pasaje para Quito, Ecuador, desde donde partirá hacia Santa Pascua ya con el nombre de Marina Dolores. En el aeropuerto de La Pascua, la capital, la estarán esperando… Y se lo advierto: La Pascua es una ciudad en la que ni yo mismo quisiera… meter mis narizotas en

estos días, Brigitte.

—¿Quiere decir que puedo rechazar este trabajo?

—Usted está facultada para rechazar cualquier trabajo, lo sabe muy bien.

—¿Y usted cree que por miedo que me dé ir a Santa Pascua voy a quedarme aquí pensando en la posibilidad de esa guerra?

—Es usted quien ha de decidir —musitó Pitzer.

La espía se quedó mirándole unos segundos. Luego arrebató el sobre de manos de Pitzer, y dijo:

—Iré a casa a buscar mis cosas para…

—Simón las ha recogido ya: la está esperando con todo lo que usted puede necesitar en el aeropuerto. Incluido, naturalmente, su maletín rojo estampado con flores azules.

—Tío Charlie —sonrió Brigitte—: es usted un viejo zorro astuto… Sabía que yo no me negaría a ir a ver qué pasa… ¿Alguna instrucción más?

—Sólo una: regrese…, por favor.

Capítulo II

Al anochecer del día siguiente, el hombre que esperaba en el aeropuerto de La Pascua, tiró el cigarrillo al oír la llegada del vuelo 207, anunciada por los altavoces. El avión, de las Aerolíneas Peruanas, procedía de Quito y Lima.

Aplastó el cigarrillo con el pie, y al bajar la cabeza, volvió a mirar de reojo a su izquierda. Allá seguían los dos hombres de gesto duro, hosco, mirándole fijamente. Solamente un experto habría podido reconocer el bulto en sus sobacos izquierdos, que revelaba la presencia de la pistola. Pero, sin duda, él era un experto. Un experto bajo la dura mirada de otros dos expertos.

Como ignorando la vigilancia de que era objeto, se dirigió hacia la sala de espera de vuelos internacionales. Y, desde luego, los otros dos hombres se fueron tras él. Al principio habían intentado disimular, pero muy pronto comprendieron que, a fin de cuentas, el hombre al que estaban vigilando sabía tanto como ellos de aquellas cosas. En la actualidad, ni la CIA tenía gran cosa que enseñar a la MVD rusa, ni ésta a la CIA Hacía ya años que no se engañaban unos a otros.

Había unas gotitas de sudor en la frente del hombre de la CIA Sudor de angustia, más por la persona que estaba esperando que por él mismo, ya que, si quería, podía marcharse de allí, despistando a los dos rusos. Luego, bien escondido, podía utilizar la radio de bolsillo para llamar a la persona que llegaba en aquel vuelo, y advertirla. Pero, si hacía eso, tenía que contar con dos riesgos a cual mayor. Uno: que no pudiese despistar a los dos rusos, y que éstos optasen por recurrir a las armas al comprender que intentaba burlarlos; en cuyo caso, si le mataban, jamás conseguiría efectuar contacto con la persona esperada. Dos: que si conseguía llamar por la radio, quizá aquella persona, considerando que no había peligro, atendiese la llamada sin las debidas precauciones; en

cuyo caso, podían verla y comprender no sólo que pertenecía a la CIA, sino quién era ella.

Porque sólo una mujer en todo el mundo tenía agallas para meterse en el avispero que en aquellos días era La Pascua, y los rusos lo sabían muy bien. Comprenderían quién era la hermosa pasajera, y quizá decidiesen matarla, sin más complicaciones, sin explicaciones… Un disparo en la nuca, y todo habría terminado para la agente Baby, que debía llegar desprevenida de Quito…

Y eso, no.

Eso no —pensó el hombre de la CIA—. Aunque a mí me cueste la vida, a ella no la matan.

Se aposentó delante de la sala de espera, y vio aparecer poco después a los pasajeros del vuelo 207. Y en seguida, identificó a Baby. Había más mujeres, desde luego, pero sólo una podía ser Baby: la espléndida morena de grandes ojos negros que sonreía como una niña feliz. Tenía que ser ella, porque su belleza no admitía ni la más condescendiente comparación con las otras mujeres.

Finalmente, la vio cerrar su maletín, sonreír al hombre de la aduana y dirigirse hacia la salida. Simón encendió otro cigarrillo, vuelto de espaldas a la puerta de cristal. Una vez encendido, se volvió, tan torpemente, tan bruscamente, que chocó con la pasajera más bella del mundo, la cual lanzó un gritito, se tambaleó…

El hombre de la CIA se apresuró a tomarla por los brazos, sonrió consternado, como quien pide disculpas, y dijo:

—Olvídese de mí: Avenida del Mar, 1215. Pregunte por Juan Luis Madrazo.

—De nada —sonrió cortésmente ella, como si realmente acabase de recibir disculpas—. Por favor, ¿puede indicarme por dónde se va al aparcamiento?

El hombre de la CIA sonrió amablemente, dio una breve explicación, se inclinó murmurando nuevas disculpas, y dedicó toda su atención a los demás pasajeros del vuelo 207…, mientras la hermosa pasajera se dirigía hacia la salida que la dejaría delante del aparcamiento, mirando con curiosidad a todos lados.

Más allá, los dos rusos la estuvieron mirando durante unos segundos. Luego, cambiaron una mirada, miraron después al hombre de la CIA, le vieron ante la puerta en actitud de impaciente

espera, y volvieron a mirarse. Uno de ellos movió negativamente la cabeza, y volvieron a ocuparse del hombre de la CIA, olvidando por completo a la muchacha de los grandes ojos negros.

—Debe estar esperando a alguien importante, con instrucciones directas —dijo el que había negado con la cabeza.

—Sí. Pero él sabe que le estamos vigilando.

—No importa —sonrió duramente el otro—. Tiene que hacer contacto por fuerza. Y no puede tardar mucho, ya lo verás.

Sin embargo, muy poco después, los dos rusos comenzaban a sentir en el rostro el calor de la ira…, y de vergüenza de sí mismos por haberse dejado engañar. Tuvieron que comprenderlo, al ver que el norteamericano, tras esperar con gran interés, no realizó acercamiento alguno hacia ninguno de los pasajeros. Se quedó en actitud desconcertada, como quien no comprende que la persona anunciada no llegue en el vuelo previsto…, pero, al mismo tiempo, los dos rusos captaban la sonrisita mordaz del hombre de la CIA.

—La mujer —masculló uno de los rusos—. Era la mujer. Nos ha engañado.

—Pues lo va a lamentar. Vamos a por él ya. ¡De prisa!

—Quizá consiguiésemos todavía encontrarla a ella…

—No. La ha advertido, ya no podremos localizarla. Vamos a por él.

El norteamericano había salido ya del edificio, y los dos rusos salieron a los pocos segundos. Lo vieron en seguida, perfectamente, caminando hacia el estacionamiento de coches particulares.

—Va hacia su auto… Ve por el otro lado.

Se separaron los dos, pero sabiendo que muy pronto convergerían en el coche del agente de la CIA Ya era de noche, así que sacaron las pistolas, con todo descaro, y las introdujeron en un bolsillo de la chaqueta. Sin soltarlas, caminaron hacia el hombre de la CIA, que estaba ya muy cerca… De pronto, el agente americano echó a correr, a toda velocidad, tras volver un instante la cabeza.

Por detrás de él sonaron dos sordas imprecaciones en ruso. Uno de los rusos echó a correr detrás del americano. El otro, sacó la pistola, apuntó un segundo, y apretó el gatillo.

Plop.

El americano lanzó un grito, alzó los brazos y cayó de bruces, duramente, dolorosamente. El ruso que había disparado tan

certeramente bajó la pistola y comenzó a mover un pie, para correr hacia allí, como estaba haciendo su compañero por otro lado… Entonces vio, a su izquierda, un pequeño destello de color naranja, como una pincelada en la oscuridad. Al mismo tiempo, sentía el pequeño, ridículo golpecito en el pecho. Se quedó como petrificado, abrió la boca, los ojos giraron, la negrura se hizo absoluta… y cayó, como arrugándose sobre sí mismo, y quedó tendido cara al estrellado cielo.

El otro ruso no se había dado cuenta de esto. Sólo de que su compañero había acertado al americano que pretendía huir, y que éste había caído al otro lado de la fila de coches que tenía ya ante él. Pasó por entre dos coches, vio al americano y corrió hacia él… Llegó a su lado justo cuando el hombre de la CIA, destacando su blanquísimo rostro en la oscuridad, había conseguido dar la vuelta y comenzaba a sacar su pistola. Un feroz puntapié hizo crujir los dedos del americano, que volvió a gritar de dolor mientras la pistola saltaba fuera de su alcance.

El ruso puso una rodilla en tierra junto a él. Con la mano izquierda asió las ropas del herido, rudamente, retorciéndolas en un principio de estrangulación. Con la derecha, colocó la pistola ante los ojos del americano.

—La mujer —exigió—. ¿Quién es, a dónde va?

—Os… matará como… como a perros…

—¿Quién es y a dónde va? —Apretó salvajemente el ruso.

—Estoy aquí, camarada —oyó la voz femenina tras él, en ruso.

El hombre de la MVD respingó, se volvió velozmente, alzando la mano armada… Una mano mucho más pequeña, pero dura, fuerte como si fuese de acero, desvió su pistola. Mientras sucedía esto, el ruso pudo ver a la mujer del aeropuerto, ante él, con el brazo derecho en alto… Ya no pudo ver nada más. El brazo de la mujer bajó, y la pistolita golpeó con fuerza tremenda en su frente; un impacto tan poderoso que pareció que el ruso fuese a incrustarse bajo tierra.

Desentendiéndose de él, la recién llegada pasajera se inclinó sobre el hombre de la CIA.

—Márchese —jadeó—. ¡Corra, márchese de aquí…!

—¿Dónde está el coche? —preguntó suavemente ella.

Silencio.

Baby palideció, y por un instante pareció incapaz de moverse. Luego, tocó con dos deditos el cuello del espía herido…, y suspiró profundamente. Aún vivía. Solamente se había desvanecido. No tardó en encontrar las llaves del coche en un bolsillo. Acomodó un poco mejor al herido, pasó ante el volante y, segundos después, salía de la zona de estacionamiento.

Ya en la carretera que conducía a La Pascua, detuvo el coche a un lado, encendió la luz interior, abrió el maletín rojo con florecillas azules, y sacó un plano urbano de la capital de Santa Pascua. Lo extendió ante ella, presurosa…

—Avenida del Mar… Avenida del Mar… Tiene que estar ante la playa, claro… ¡Aquí está!

Lógico. La Avenida del Mar estaba delante del mar, recorriendo toda la ciudad de Norte a Sur, siempre paralela a la costa. Estudió el plano durante unos segundos, hizo un gesto de asentimiento y reanudó la marcha hacia La Pascua, cuyo resplandor eléctrico divisaba a lo lejos.

El criado entró en el lujoso despacho, carraspeó, y el hombre que estaba sentado ante la amplia mesa alzó la cabeza.

—¿Sí, Miguel? ¿Qué ocurre? —se interesó.

—No debía molestarle, señor, lo sé. Pero una señorita…

Por detrás de Miguel, sin protocolo alguno, apareció la señorita que el criado se disponía a anunciar, con el tono de quien sabe que la visita es inoportuna.

—¿Juan Luis Madrazo? —preguntó rápidamente la joven.

El interesante sujeto propietario del despacho se quedó tan pasmado de admiración, que no pudo decir ni palabra. La belleza de aquella mujer era tan extraordinaria, que el hombre sólo pudo asentir con la cabeza.

—Avise a un médico —ordenó sin apelación la visitante—. Inmediatamente. Y usted —miró a Miguel—: venga a ayudarme.

El criado miró al amo, pero éste se hallaba tan desconcertado como él. Acertó al fin a ponerse en pie, y preguntar:

—¿Quién es usted? ¿Qué ocurre?

—Traigo herido en el coche a un hombre que me dio su dirección… ¿Hacen falta más explicaciones? ¡Avise inmediatamente a un médico! Y usted, venga conmigo.

Asió de una manga a Miguel y tiró de él fuera del despacho.

Salieron de la casa, al jardín donde ella había detenido el coche, sin haber pedido permiso a nadie para entrar en la pequeña villa de Juan Luis Madrazo. Segundos antes, Miguel la había visto llegar, salir del coche… Le había abierto la puerta, y ella, tras asegurarse de que allí era el número mil doscientos quince de la Avenida del Mar había «ordenado» que la llevase a presencia de Juan Luis Madrazo…

Lo que evidentemente no esperaba Miguel era encontrar a un hombre que parecía muerto, en el asiento de atrás del coche…

—Con cuidado —dijo la muchacha.

Sacaron a Simón del coche y, cuando se disponían a entrar en la casa, Juan Luis Madrazo estaba ya allí, asustado.

—El médico vendrá en seguida. Por aquí… Lo llevaremos a uno de los cuartos del servicio. Parece muerto…

—Pero no lo está… ¡Con cuidado!

—Es una herida de cuidado —dijo el médico, ya realizada la cura y el vendaje, volviéndose hacia la mujer que no le había perdido de vista ni un segundo—. Sin embargo, tiene siete probabilidades entre diez de salvarse. Claro que…

—¿Qué? —murmuró ella.

Julián Montilla se pasó la lengua por los labios. Dada la actitud de aquella mujer, sólo podía pensar que aquel hombre significaba mucho en su vida. Era inevitable pensar esto. Y cuando las cosas están así, las malas noticias son doblemente malas. A sus cincuenta años, de todos modos, el doctor Montilla había dado tantas malas noticias que por fuerza había aprendido a afrontarlas.

—Temo que puede quedar paralítico.

—¿Cómo dice? —Palideció la mujer.

—Paralítico —Montilla desvió la mirada—. La bala le ha afectado la columna vertebral. Seguramente, vivirá. Pero, a menos que sea llevado a un hospital adecuado, quedará paralítico… para el resto de su vida.

—Buscaremos el mejor hospital de La Pascua, y cueste lo que cueste…

—No se trata de dinero —bajó de nuevo la mirada Julián Montilla—, sino de hospital. No hay ninguno en La Pascua que pueda atender el caso de este hombre. Hay que llevarlo a Lima, o a Santiago de Chile.

—Lima está más cerca —dijo Juan Luís Madrazo.

—Más cerca aún está La Paz, Bolivia —dijo la mujer.

—No —negó Montilla—. La Paz, no. Me atrevo a aconsejar que no lo cambien de presión. Es mejor un hospital a nivel del mar.

—Entonces, Lima —dijo ella—. Me ocuparé de ello, Inmediatamente.

—De ninguna manera —negó Montilla—. Si le movemos ahora, morirá. Hay que esperar. No sé… Dos o tres días como mínimo, desde luego. Este hombre no es del país, ¿verdad?

La hermosísima mujer se le quedó mirando fijamente. Luego miró a Madrazo y éste comprendió. Se puso en pie, nervioso, y se acercó al médico. Le pasó un brazo por los hombros y lo llevó hacia la puerta del cuarto.

—Ven, Julián —musitó—. Tenemos que hablar.

En la habitación quedaron solos Baby y el herido. Ella acercó una silla a la cama y se quedó mirando el lívido, desencajado rostro del espía. Parecía muerto. Parecía tan muerto que Brigitte se decidió a ponerle dos dedos en un lado del cuello… Estaba vivo.

A la espía internacional no se le escapaba lo que aquel agente de la CIA al que jamás había visto había hecho por ella: se había sacrificado, realmente. Había engañado a los rusos, quedándose con todo el riesgo para él solo. Hasta el punto de que si ella hubiese obedecido sus indicaciones, y se hubiera marchado tranquilamente del aeropuerto, en busca de Juan Luis Madrazo, en aquellos momentos Simón estaría muerto, acribillado a balazos por la espalda… Aunque, si las predicciones del doctor Montilla se cumplían, cabía preguntarse si no habría sido lo mejor.

Madrazo entró en el cuarto, todavía un tanto desencajado el rostro, preocupado.

—Lo he arreglado —musitó—: Julián no dirá nada. Pero no sé por cuánto tiempo, compréndalo.

—Me conformaría con que permaneciese callado el tiempo suficiente para llevarme a Simón de aquí —dijo ella.

—¿Simón? No se llama Simón. Su nombre…

—Para mí, todos se llaman Simón, señor Madrazo.

Juan Luis Madrazo pareció haber recibido un mazazo en plena frente.

—¿Usted… es Baby? —exclamó.

—En efecto.

—Bien… Me han hablado mucho de usted… Ya veremos si encuentra el modo de impedir esa guerra suicida. Aunque no parece empresa fácil, se lo aseguro: la Flota de Santa Pascua está preparándose para salir hacia Estados Unidos…

—Ustedes están locos —aseguró Baby—. Por el amor de Dios…, ¿cómo se les ha ocurrido semejante barbaridad? ¡Y no me diga que esperan ganar esa guerra!

—En lo que a mí se refiere, no lo he creído así ni por un segundo —afirmó Madrazo—. Y puede estar segura de que no estoy loco.

—Pero vamos a ver: ¿qué es lo que pretenden ustedes?

—No me considere del grupo —rechazó Madrazo—. Yo soy solamente el Ministro de Economía Nacional. Supongo que usted está al corriente de nuestra economía nacional, por llamarla de algún modo, así que comprenderá que mi cargo es insignificante.

—Un ministro, es siempre un ministro —murmuró la espía—. Pero conteste a mi pregunta: ¿qué es lo que pretenden ustedes?

—Ya le he dicho que no me considere del grupo que pretende lo que sea. En primer lugar, porque íntimamente soy opuesto a esa guerra… Y digo íntimamente porque nadie ha pedido mi parecer, mi opinión, o cualquier consejo que pudiera proporcionar… Todo esto es cosa del Presidente Ayala y los militares. Como se suele decir, yo no pinto nada en todo esto.

—Mejor para usted. Sin embargo, Simón me indicó antes de que lo hiriesen, que viniera a verle a usted. Generalmente, me habría indicado que me pusiera en contacto con otros agentes de la CIA Si no lo hizo, tuvo que ser porque lo consideró peligroso… para todos. Menos para usted. ¿Por qué?

—No lo sé.

—Pero usted, señor Madrazo, está trabajando para la CIA ¿O no?

—Sí. Podemos suponer que Simón pensó que enviándola aquí usted no correría riesgos, y que sí podría correrlos yendo a cualquier otra parte.

—Pero no hay riesgo alguno en llamar a mis compañeros por la radio, ¿no le parece?

—No lo sé.

—Me parece, señor Madrazo, que no sabe usted muchas cosas, precisamente.

—Es posible. Pero las pocas que sé las comunico a la CIA Y aunque sean pocas cosas, son importantes. Por ejemplo, el hecho de que en la actual situación de débito con respecto a Rusia, por un valor de ochenta millones de dólares, mi país haya declarado la guerra al suyo.

—¿Esta información la conseguimos por medio de usted?

—Naturalmente.

—¿Cuánto tiempo hace que Santa Pascua debe ochenta millones de dólares a Rusia? Usted, como ministro de Economía Nacional, debe saberlo, ¿verdad?

—Sí.

—Bien: ¿cuánto tiempo hace?

—Más de dos años.

La mirada de los grandes ojos negros se endureció, fija en Madrazo.

—¿Y no pasó esa información a la CIA hasta ahora? ¿Por qué?

—Creí que mi país podría salir de esta deuda sin que… trascendiese demasiado su apurada situación. Ni siquiera a la CIA Es como… como ocultar pequeños fracasos familiares, entiéndalo. Por otra parte, no me pareció una información muy encajada en el espionaje.

Baby se quedó contemplándole con gesto de pasmo.

—¿No le pareció información propia del espionaje? Vamos, señor Madrazo: el espionaje lo abarca todo en el mundo. Desde la construcción de armas atómicas transportables en satélites espaciales hasta el descubrimiento de una nueva materia para fabricar medias de señora. ¿No lo sabía usted?

—Yo no lo veo así. Tengo mis propias ideas al respecto.

—Usted es formidable —casi sonrió Baby—. Sepa que nadie puede ni debe tener ideas concretas sobre espionaje, señor Madrazo, porque cuando uno cree saberlo todo, surge algo nuevo. Por ejemplo, esta absurda guerra de un enano contra un gigante. ¿De veras no le parece a usted que la cuestión está relacionada con el espionaje?

—La verdad es que no lo entiendo muy bien.

—Dígame una cosa: ¿qué clase de espía es usted?

—¿Y yo qué sé? —Gruñó Madrazo—. Un día se me acercó un sujeto y comenzó a deslizarme ciertas insinuaciones. Tardé un poco

en comprender lo que me estaba proponiendo, y acepté sin vacilar.

—¿Por qué?

—Sé que hay personas muy importantes de mi país relacionadas con el espionaje ruso. A Rusia no le sirve de nada eso, porque no hay nada que espiar aquí. De modo que pensé que si otros ganaban dinero con los rusos facilitándoles informaciones que en nada podían perjudicar a Santa Pascua, yo podría ganar también algo de dinero complaciendo los ingenuos deseos de la CIA de recibir información que, a mi juicio, no servía para nada a nadie.

—Es decir, que se hizo espía por dinero.

—Exclusivamente por dinero. Pero, que quede bien claro: no lo habría hecho si Santa Pascua hubiera podido salir perjudicada.

—Eso quiere decir que, en opinión de usted, los agentes norteamericanos que le han estado pagando sus informaciones son… un poco tontos.

—Pues no me parece de muy listo pagar buenas cantidades por enterarse de pequeñas tonterías, francamente —sonrió secamente Madrazo.

—Si sólo se proponía informar de tonterías, ¿por qué, finalmente, informó sobre esa deuda de su país con Rusia?

—Sólo lo hice cuando supe que Santa Pascua iba a declarar la guerra a Estados Unidos. Y espero que comprenda usted que si entonces facilité esa información a la CIA fue con el exclusivo objeto de buscar, por mi cuenta, una posible solución a esa guerra.

—Es usted un magnífico patriota. Pero, señor Madrazo, de todas sus palabras se desprende que usted ha estado embolsándose buenos dólares a cambio de informaciones insignificantes.

—Pues… sí —Madrazo sonrió de pronto—. Sí, en efecto.

—Es usted lo que se llama un espabilado, ¿eh?

—No creo ser tonto.

—No —sonrió también Baby—. No lo es, desde luego. Por lo tanto, está convencido de que esa guerra no debe ni siquiera ser iniciada. ¿Cierto?

—Cierto.

—En tal caso, espero que comprenda usted que, aunque sólo sea por esta vez, sus informaciones a la CIA deben ser mucho más amplias, más importantes. Solamente así yo podré realizar algún intento para solucionar el conflicto antes de que estalle. ¿Está de

acuerdo en que debe ser sincero y explícito conmigo, considerándome representante de la CIA?

—Sí, claro. Pero…, ¿qué puede conseguir usted sola?

—¿Quién le ha dicho que estoy sola?

Madrazo se desconcertó.

—No sé… Si Simón le dijo que viniese aquí, en lugar de, como usted dice que es habitual, encaminarla hacia otros agentes de la CIA, podemos pensar que… que ya no existen más agentes de la CIA en La Pascua. ¿No le parece? Por lo tanto, usted está sola.

Brigitte Montfort había palidecido.

—¿Está usted sugiriendo que han… eliminado a todos los agentes de la CIA en La Pascua, señor Madrazo?

—No lo sé. Pero acepto lo que parece evidente.

—¿Podría usted intentar hacer contacto con agentes de la CIA?

—No —negó Madrazo—. Eran ellos los que siempre se ponían en contacto conmigo.

—¿Y cuánto hace que no se ponen en contacto con usted?

—Yo les facilité esa información respecto a la declaración de guerra hace dos días. Desde entonces no sé nada.

—¿Usted les facilitó la información? ¿Cómo? ¿Acaso se puso en contacto con ellos?

—Ya le he dicho que nunca he podido hacer eso. Fueron ellos los que me llamaron, preguntándome qué significaban todos los preparativos navales en nuestro puerto militar. Entonces les pasé la información.

—¿Y ellos no le han vuelto a llamar?

—No. Ni una sola vez. Ese es otro de los motivos por los que me inclino a creer que está usted sola en La Pascua.

Baby se pasó una mano por la barbilla, pensativa, evidentemente preocupada. De pronto abrió su maletín, sacó la pequeña radio, ya colocada en onda Santa Pascua, y apretó el botoncito de llamada, pese a que la actitud de Simón parecía indicar que no debía hacer de ningún modo semejante cosa.

Sin embargo, en contra de todas las suposiciones, recibió respuesta inmediatamente. Una voz de hombre dijo:

—CIA Adelante.

—¿Simón? —susurró la divina espía.

Hubo un instante de silencio; en seguida, una exclamación de

sorpresa.

—¿Baby? —preguntó a su vez el hombre.

—Sí. ¿Qué está ocurriendo?

—¿Cómo dice? —volvió a sorprenderse el otro—. No comprendo…

—¿Están todos bien?

—Pues… todos, no. Ha habido fuertes fricciones con los rusos, pero, de momento, la cosa se ha estacionado.

—No tanto como usted cree: tengo junto a mí a Simón-Aeropuerto herido. Dos rusos le estaban vigilando mientras él me esperaba.

—Maldita sea… Creíamos que ya habíamos despistado a los rusos… ¿Qué pasó con ellos?

—¿Con los rusos? Los dejé en el aeropuerto; uno de ellos, con la cabeza rota, y el otro, malherido o muerto. No lo sé con seguridad.

—¿Usted está bien?

—Yo, sí. Pero necesitaré dentro de dos días un helicóptero para trasladar a Simón-Aeropuerto a Lima.

—Nos preocuparemos de eso inmediatamente. ¿Dónde está usted?

—Eso no interesa —frunció el ceño Brigitte.

—Bien. ¿Ha venido sola?

—Sí, sola —parpadeó la divina—. Por el momento.

—Entiendo. ¿Dónde y cuándo nos vemos?

—¿Vernos? ¿Para qué? Todo lo que tengamos que…

—Queremos enseñarle unas fotografías muy importantes.

—¡Ah! Eso es diferente, Simón. Bueno, no conozco La Pascua más que por un plano que me procuré en Quito, en el aeropuerto, así que elijan ustedes el sitio.

—¿Tiene ese plano a mano?

—Sí, sí —lo sacó Brigitte del maletín—. Dígame.

—Será en la plaza Universo. Busque primero la Avenida del Mar, que es más fácil. Luego…

Las indicaciones fueron breves y precisas. Brigitte localizó en seguida la plaza Universo.

—Estaré ahí dentro de una hora —dijo.

—De acuerdo. La estaremos esperando en un coche. Díganos cómo es usted, para llamarle la atención hacia nosotros cuando la

veamos por la plaza.

—Buena idea. Vamos a ver: aparento unos veinticinco años, soy más bien alta, morena, cabellos largos, llevo un vestido de minifalda color azul oscuro, dicen que soy elegante y, sin la menor duda, soy muy bonita…

—¡Suficiente! —rió Simón—. La esperamos dentro de una hora.

—*Okay*.

Cerró la radio, la guardó, hizo lo mismo muy cuidadosamente con el plano de la ciudad, y quedó pensativa…, hasta que Juan Luis Madrazo salió de sus cavilaciones para refunfuñar:

—No entiendo esto. ¿Por qué este hombre la envió a mi casa si el peligro parece haberse estacionado?

Brigitte Montfort, alias Baby, le miró y sonrió encantadoramente.

—Es evidente, señor Madrazo, que usted no sabe nada del verdadero espionaje.

—¿Y usted sí?

—Lo suficiente —amplió ella su sonrisa—, lo suficiente.

Capítulo III

Había tres hombres en el coche que esperaba en la plaza Universo: uno, al volante; otro, junto a él, y el tercero, en el asiento de atrás. Fue éste el que llamó la atención de los otros dos, con un chasquido de dedos.

—Hey… Ahí llega un taxi.

El que estaba al volante miró su reloj de pulsera.

—Faltan casi diez minutos para la hora —advirtió.

—Bueno, se habrá adelantado.

—No —dijo el que estaba junto al conductor—. Mirad a esa mujer: es rubia, no morena. Y lleva el pelo corto.

—Entonces, no es ella.

Se quedaron mirando los tres a la mujer que había salido del taxi, el cual se alejaba ya. No parecía alta, ni elegante, ni era morena, desde luego, sino muy rubia. Pero sí llevaba minifalda, mostrando unas piernas sensacionales. Se quedó en la acera, dio unos pasos para arriba, otros para abajo… Luego se apoyó en una de las farolas de la iluminación y encendió un cigarrillo con gesto desenvuelto.

Los tres hombres que esperaban en el coche cambiaron risueñas miradas.

—Lástima que estemos trabajando —comentó el de atrás—. No está nada mal.

—Déjate de tonterías: estamos esperando nada menos que a la agente Baby.

—Demasiada suerte.

—Una u otra vez tenía que suceder, ¿no? Tarde o temprano, todos…

—Eh, eh, eh —avisó el que estaba al volante—… Viene hacia aquí.

—Pues su olfato no es muy bueno que digamos…

Los tres se echaron a reír, quizá como una válvula de escape para el nerviosismo que sentían. Cada uno de ellos llevaba una pistola con silenciador, y más bien por instinto hacían continuos gestos con el brazo, para asegurarse de que el arma seguía allí.

Se iba acercando al coche, remoloneando, con posturitas que ponían en evidencia lo sugestivo de sus formas; dando a su caminar un aire entre lánguido y apasionado. Un coche se detuvo un poco más allá, y los tres hombres miraron, olvidándose en el acto de la rubia provocativa. Del coche se apeó una pareja, que se dirigió hacia el otro lado de la plaza conversando.

—Pues falta sólo medio minuto —dijo el de atrás, mirando su reloj.

—Todas las mujeres llegan tarde a cualquier cita —gruñó el del asiento contiguo al volante.

—Hola, preciosos —saludó la rubia, que llegaba en aquel momento junto al coche, y se inclinaba hacia la abierta ventanilla —. ¿Estáis esperando algo bueno?

—Lárgate —gruñó el del volante.

—Éste es un grosero —sonrió despectivamente la rubia, inclinándose un poco más para echar un vistazo completo al interior del coche—. ¿Y vosotros?

—Ya te han dicho que no molestes —gruñó el de atrás—, así que lárgate.

—Oye, oye…

Diciendo esto, movió la mano izquierda enérgicamente y algo brillante, vítreo, fue a estrellarse en el piso del coche. Y debía ser más bien un perfume desagradable, porque la rubia se llevó la mano a la cara, colocando entre boca y nariz lo que parecía una compresa de gasas.

Se quedó así, apoyada en la ventanilla, contemplando a los tres hombres, que no habían tenido tiempo de rechazar el perfume, porque apenas la ampolla de cristal reventó, fueron trasladados dulcemente al mundo de los sueños. Fue fulminante.

Permaneció así quince segundos, como si estuviese en amistosa charla con los ocupantes del coche. Luego, se quitó la gasa de delante de la boca y nariz, la guardó en el bolsito y rodeó el coche por delante. Miró a su alrededor, se convenció de que no había nadie por allí, cosa corriente pues era más de medianoche, y volvió

ante la portezuela del volante. La abrió, abrió la de atrás de aquel mismo lado, sacó al conductor refunfuñando por lo bajo y lo tiró de cualquier manera en el asiento de atrás.

Luego, se sentó ante el volante, asintió al ver puestas las llaves, dio el encendido y se alejó, conduciendo tranquilamente.

—Son muy poco amables —sonrió—. Ni siquiera me han permitido alargar un poco la conversación y decirles que me llaman Margarita «La Tremenda».

Hacía algunos minutos que los tres habían despertado, cuando se abrió la puerta de aquel cuarto y apareció la rubia. Les miró, sonriente, y fue a sentarse en una silla. Su gesto era amable, casi afectuoso, pero los tres hombres, que yacían en el suelo atados de pies y manos, y, por supuesto, desarmados, pudieron captar el frío brillo en el fondo de los negros ojos de Margarita «La Tremenda».

Es decir, que era una redomada hipócrita.

—¿Cuántos más sois en La Pascua? —preguntó ella de pronto, en ruso.

Ninguno de los tres contestó. Miraban fijamente a la rubia, que a su vez movía sus grandiosos ojos de uno a otro, expectante.

—¿No queréis contestar? Bueno, lo haré yo por vosotros: debéis de ser muchos, y la mayoría de segunda clase, colegas. Porque sólo así he podido ya escabullirme de dos encerronas: primero, en el aeropuerto, y luego, en la plaza Universo. ¿De verdad pensabais que podríais cazar a Baby como si fuese un pajarillo? ¿De verdad? Y no me vayáis a decir ahora que no me entendéis, que no habíais el ruso. Vamos, vamos, camaradas… Sois rusos. De la MVD, por supuesto. Y os diré por qué no conseguisteis engañarme por la radio: mis Simones, además de no preguntarme casi nunca dónde estoy y cómo soy, jamás me preguntan si he llegado sola, porque todos saben que yo llego siempre sola a todas partes y que organizo el trabajo sobre el propio terreno, con los elementos de que dispongo. ¿Está esto claro?

Tampoco ahora contestaron los tres hombres. Sus gestos eran sombríos, torvos.

—Naturalmente, os he registrado y os he quitado no sólo las pistolas, sino también las documentaciones a nombre del país… Lo cual no tiene importancia, ¿verdad? Lo importante, lo malo para vosotros, es que estáis en mi poder. Eso es lo malo.

Encendió un cigarrillo, reflexionó unos segundos, y añadió:

—Sin embargo, quizá podamos llegar a un acuerdo. El hecho de que vosotros tuvieseis una radio de bolsillo con la onda que la CIA utiliza en Santa Pascua indica claramente que, por lo menos, habéis matado o capturado a un agente de la CIA Decidme: ¿está muerto o solamente prisionero?

—Prisionero —gruñó uno de los rusos.

Menos mal. ¿Qué me dices de los dos del aeropuerto? ¿Murieron?

—No. Uno está grave, pero se salvará.

—Espléndido. Me alegro de veras, aunque no queráis creerlo. Bien. Estábamos en que tenéis a uno de mis Simones…

—A tres.

—Ah. ¿A tres? Parece que estamos empatados en capturas. De manera que habéis capturado a tres agentes de la CIA Eso, lógicamente, lo saben mis demás compañeros en Santa Pascua, así que resulta fácil comprender ahora por qué no debía yo utilizar la radio: Simón-Aeropuerto sabía que cualquier intercambio de informaciones entre los agentes de la CIA podía ser captada por vosotros, los rusos, y quiso evitarme… lo que podía haber pasado si yo no hubiese sospechado el truquito. En fin, todo esto me lleva a desalentadoras conclusiones, sinceramente. Una de ellas, que los rusos estáis dominando la zona; otra, que es consecuencia de la primera, es que mis compañeros no capturados están por ahí, más o menos acorralados, y, como es lógico, asustados. Ni siquiera tienen el consuelo de pedir ayuda por radio, pues temen, con toda razón, que vosotros captaríais los mensajes. Y otra conclusión, la más desagradable de todas, es que, a menos que lleguemos a un acuerdo inteligente, cuando mis compañeros se decidan a escapar, a buscar un lugar seguro, les vais a salir al paso, y esto ocasionará muchos muertos… por ambos bandos. Para evitar todo esto, decidme: ¿qué podemos hacer?

—Nosotros sólo obedecemos órdenes.

—Ah… Bueno, de acuerdo. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con vuestro jefe de zona?

—Utilice la radio —replicó sarcásticamente uno de los rusos.

—Ya he pensado en ello —sonrió Baby—. Pero lo que yo quería decir era: ¿dónde está vuestro jefe?

—Pregúnteselo a él por la radio.

—Quizá lo haga. ¿Cómo se llama?

—Ivan.

—Muy bien. ¿Ha sido él quien, obedeciendo órdenes de Moscú, ha planeado todo esto de la guerra entre Santa Pascua y Estados Unidos?

Los tres rusos se quedaron mirándola boquiabiertos. Pero en seguida sus expresiones volvieron a ser torvas.

—Váyase al demonio —masculló uno de ellos.

Brigitte Montfort alzó las cejas, sorprendida.

—¿A qué viene esa descortesía, colega? —reprendió.

—Usted sabe muy bien que no ha sido Rusia la que está preparando esta guerra idiota.

Ahora la sorprendida fue Margarita «La Tremenda».

—¿No? —susurró—. ¿No ha sido Rusia? ¿Quién ha sido?

—Escuche: si quiere matarnos, allá usted… ¡Pero no intente tomarnos el pelo!

Brigitte se quedó mirando de uno a otro hombre, muy atenta, mientras se acariciaba con un dedito el encantador hoyuelo vertical de la barbilla.

—Por vuestras palabras o, mejor dicho, por vuestra actitud —musitó—, interpreto que vosotros, los rusos, creéis que todo es una maniobra por parte de Estados Unidos. ¿Es así?

—Naturalmente.

—O sea; que los americanos creemos que los rusos han preparado un maquiavélico plan para provocar esta guerra… y los rusos pensáis que, por el contrario, todo esto es una jugada yanqui… ¿Correcto?

—Correctísimo. ¡Qué lista es usted!

La divina espía se quedó de nuevo mirando a aquellos tres hombres, que, a juicio de ella, estaban siendo sinceros. Por supuesto que la sinceridad de un espía profesional vale lo mismo que un billete de cien millones de dólares; o sea, nada, ya que no existen tales billetes. Pero…

Sin decir nada más, Brigitte se puso en pie y salió del cuarto. Recorrió el pasillo, llegó al vestíbulo y entró en el salón, donde Juan Luis Madrazo esperaba acontecimientos, preocupado, bebiendo coñac. Mostró su copa a Baby, ella asintió, y el ministro le

sirvió, diciendo.

—No es muy bueno. No podemos importarlo mejor.

Baby tomó la copa, bebió un sorbito y pareció como si ni siquiera notase el ardiente licor barato.

—Señor Madrazo: ¿sabe usted si además de la CIA y la MVD hay algún otro servicio de espionaje importante en Santa Pascua?

—Los chinos.

—Me lo temía. En realidad, estaba segura, pero quería saber si era tan importante su núcleo de agentes como para que hasta usted estuviese enterado. ¿Conoce a alguien que trabaje para el servicio secreto chino?

—No.

De nuevo estuvo pensativa Brigitte un par de minutos, antes de preguntar:

—¿Por qué ha decidido el Presidente Ayala declarar la guerra a Estados Unidos? ¿Qué le ha inducido a ello?

—No lo sé. Ya le dije antes que nadie me consultó sobre estos asuntos. Hubo una conferencia privadísima y secretísima, y de ahí salió la declaración. No sé más.

—¿Cuántas personas tomaron parte en esa conferencia?

—Mmm… Diez o doce. No puedo saberlo con exactitud.

—¿Conoce a algunas de esas personas? ¿Podría decirme el nombre de algunas?

—Desde luego.

—No se precipite al contestar a la siguiente pregunta: ¿le parece a usted que alguna de esas personas puede estar trabajando para el servicio secreto chino?

—Buena pregunta —rió sordamente Madrazo—. Mire, señorita Dolores, en este pequeño y pobre país hace ya tiempo que nos dimos cuenta de que el espionaje era… una fuente de divisas. Yo tardé un poco más que otros, pero también me decidí. Hay poco dinero a repartir, así que me pareció una excelente idea ganarlo con el espionaje. Un espionaje de lo más tonto que he conocido nunca, ya que este país, mi país —su rostro se ensombreció—, no vale nada. Pero llegaron los rusos; luego, los norteamericanos; después, los chinos… Y comenzaron a hacer ofertas, a pagar a altos militares, altos empleados de la Casa Presidencial, de Ministerios… Organizaron entre todos una red tal de espionaje, que ríase usted de

Berlín o Viena cuando la guerra mundial. Como le he dicho repetidamente, yo fui de los últimos en comprender que podía tranquilamente vender información sin perjudicar a mi patria, y así lo hice. Acepté el «empleo» con la CIA del mismo modo que podría haberlo aceptado con la red rusa, o la china, o la inglesa, o la mejicana… Pues bien: todos los demás han debido hacer lo mismo, con tal de ganar algo de dinero, que en mi país no se puede ganar. Digamos que el espionaje se ha convertido en la primera industria nacional. Cualquiera de los hombres que se reunieron en esa conferencia puede estar trabajando para los chinos, o para los rusos, o para los ingleses, o para los esquimales. Para cualquiera.

—Supongo que está usted exceptuando al Presidente Ayala.

—¿Por qué? —se sorprendió Madrazo—. Don Waldo Ayala es un hombre honrado, que jamás perjudicaría al país. Dada su posición, podría muy bien buscar el modo de beneficiarse a costa de quien fuese. Pero le aseguro, y mi cargo me tiene muy bien informado al respecto, que el Presidente Ayala jamás se ha quedado un solo peso que significase fraude o estafa al pueblo. Por lo tanto, tiene que vivir con su sueldo de Presidente, que no es mucho. La verdad, no me sorprendería nada que también estuviese haciendo sus trabajitos de espionaje… Riéndose, claro, porque en Santa Pascua no hay nada que valga la pena mantener oculto. Salvo nuestra pobreza, y esa el mundo ya la conoce.

—No lo comprendo —movió Brigitte la cabeza—. ¿Algún otro país ha prestado dinero a Santa Pascua?

—Sólo Rusia —replicó un tanto hoscamente Madrazo.

—¿En qué condiciones?

—Razonables. Pero últimamente estaba haciendo bastante presión.

—¿Presión? ¿Sobre qué asunto?

—Pedían la devolución del préstamo a un plazo no previsto por mi Ministerio.

—O sea, que les estaban poniendo en un apuro.

—Más o menos, sí.

—¿Qué clase de deuda es la de ustedes? Quiero decir: ¿les deben esa cantidad de ochenta millones de dólares por la compra de armamento, de productos industriales, de productos alimenticios…?

—De todo, un poco. Pero básicamente por la compra de

armamento.

—En mi opinión, esos ochenta millones habrían estado mucho mejor invertidos en otras cosas, señor Madrazo, ¿no le parece? Por ejemplo, maquinaria agrícola, barcos de pesca… Cosas así… ¿No está de acuerdo?

—Por completo. Pero el Presidente Ayala prefirió el armamento.

—¿Por qué motivo? ¿Algún otro país les amenazaba a ustedes? ¿Quizá Perú, o Chile, o Bolivia, o…?

—Usted sabe muy bien que está diciendo tonterías —gruñó Madrazo.

—En efecto. Por lo tanto: ¿por qué comprar tantas armas?

—Pregúnteselo al Presidente y a los militares.

—Decididamente, es usted un espía de pocos vuelos —sonrió la primera espía del mundo—. Sabe muy pocas cosas en realidad, señor Madrazo.

—Lo siento mucho. ¿Qué ha pasado con esos tres hombres que me trajo a casa?

—Están bien. Y no se preocupe: cuando les saquemos de aquí, ellos nunca sabrán dónde han estado. ¿Ha enviado a por mi equipaje al aeropuerto?

—Sí. Fueron Miguel y Ruperto. Aún tardarán un poco en regresar. Oiga, no la comprendo a usted: estamos a un paso de entrar en guerra efectiva y usted se preocupa por su equipaje hasta el punto de que a las dos de la madrugada hay que ir a buscarlo. ¿Le parece razonable?

Brigitte se puso en pie, sonriendo.

—Cada cual sabe sus cosas, señor Madrazo. Voy a subir a dormir un rato arriba. Avíseme cuando lleguen Ruperto y Miguel con mis cosas. Pero hágalo con delicadeza, y, sobre todo, no se le ocurra entrar en el dormitorio por las buenas, sin avisarme de que es usted.

—¿Por qué?

—Porque cuando oigo pasos, y no estoy segura de que quien llega es amigo, reacciono de un modo muy desagradable.

—Entiendo. Ustedes viven siempre en tensión. Dudo mucho que pueda ni tan siquiera cerrar los ojos un segundo.

—Lo intentaré —casi rió Brigitte—. Hasta luego.

Capítulo IV

Estaba profundamente dormida, pero la llamada a la puerta del dormitorio la despertó en el acto y completamente. Se sentó en la cama, con la pistolita ya en la mano, y en la oscuridad, atenuada por luces del exterior, miró hacia la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

Apenas hecha la pregunta, saltó de la cama y fue a situarse a un lado de la puerta. Más no tenía por qué preocuparse: desde el otro lado de la madera llegó la voz de Juan Luis Madrazo:

—Madrazo, señorita Dolores.

—Pase. Encienda la luz.

Para cuando la puerta se abrió, Baby estaba ya en otro lugar del dormitorio. Precauciones innecesarias, evidentemente. Juan Luis Madrazo entró, encendió la luz, miró hacia la cama, y luego, desconcertado, a su alrededor, hasta localizar a la espía, que le apuntaba con la pistola.

—¿Qué…, qué pasa…?

—Nada en absoluto —sonrió ella—. Entre y cierre la puerta.

Madrazo obedeció, siempre mirando a Brigitte, no muy tranquilo.

—Miguel y Ruperto han regresado con su equipaje. ¿Quiere que se lo subamos aquí?

—Sí, por favor.

Madrazo volvió a abrir la puerta, se acercó a la barandilla y pidió que subiesen el equipaje de la señorita Dolores. Llegaron los dos hombres, cada uno con una maleta, y bajo la siempre atenta mirada de la espía, las dejaron sobre la cama. Madrazo les dijo que podían retirarse a dormir, y los dos salieron. Brigitte, que no les había perdido de vista en ningún momento, se dio perfecta cuenta de que ambos parecían muy asustados. Miró a Madrazo, que la contemplaba fijamente. También parecía asustado, demudado.

Otra vez miró Brigitte hacia su equipaje. Y una prieta, durísima, sonrisa apareció en sus labios.

—¿Quiere hacerme un favor, señor Madrazo?

—¿Qué favor?

Ella abrió su maletín y tiró a las manos de Madrazo las llaves de las maletas. Las señaló, y pidió:

—Ábralas usted, por favor.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho: es un favor que le pido.

El ministro de Economía Nacional de Santa Pascua pareció sonreír, no menos prietamente que la espía más peligrosa del mundo. Se acercó a las maletas, las colocó bien sobre la cama, abrió las pequeñas cerraduras y alzó las tapas. Hecho esto, con mucha calma, pero cada vez más pálido, se volvió hacia Baby.

—Como ve, no hay ninguna bomba para usted, señorita Dolores.

—Es agradable cerciorarse de ello, señor ministro. Sin embargo, a usted le ocurre algo. Y a sus criados. Así que…

—Mire: en mi país, como le he dicho hace un par de horas, hemos hecho una industria casi divertida, casi nacional, del espionaje. Pero una cosa le aseguro: cuando cualquiera de nosotros decide aceptar el sueldo de uno de los servicios importantes, cumple fielmente. No espere una traición de mí.

—Me alegra mucho oír eso, señor Madrazo.

—Sin embargo, usted tiene razón: tanto Miguel como Ruperto, como yo mismo, estamos asustados. No porque temamos la explosión de una bomba criminal en su equipaje… ¿Sabe por qué? La Flota del Pacífico de los Estados Unidos de América está fondeando a menos de tres millas de nuestra costa, delante mismo de La Pascua. Por el amor de Dios —Madrazo palideció aún más, y jadeó—. ¡Es una barbaridad!

—¿Cree que van a atacar ya? —preguntó Brigitte, no menos pálida ahora que Madrazo.

—No lo sé… No hablo de eso, además. Estoy hablando de su aspecto, del aspecto de esa Flota… Miguel y Ruperto han venido poco menos que muertos de miedo; dicen que hay cientos de barcos, que están llenando el mar, que… Hay miles de luces en todas partes, algunos aviones están despegando, supongo que para dar una batida logística hacia el interior del país, y posiblemente

tomar fotografías al amanecer. Bendito sea el cielo. ¿Es que no se da usted cuenta? ¡Si esta Flota pasa al ataque, en menos de una hora no quedará de Santa Pascua otra cosa que un montón de cenizas!

Baby se dejó caer en el borde de la cama, y casi tartamudeó:

—Son ustedes los que han provocado esta situación, no los Estados Unidos.

Pero sus propias palabras le sonaron a falsas. Desde luego, era cierto que Santa Pascua había provocado la situación, pero cualquier ser humano debía sentirse aterrado ante la sola idea de que la Flota del Pacífico norteamericana entrase en acción contra un país como aquel. Sería como si un gigante dejase caer su puño sobre una hormiga.

—Lo… lo-lo-lo… lo sé —tartamudeó del todo Madrazo—. ¡Lo sé! Pero no podemos… permitir que… que… ¡Tiene usted que hacer algo!

—Vamos a calmarnos —musitó ella—. La Flota del Pacífico no hará nada mientras la de ustedes permanezca en el puerto militar. Lo grave sería que desde el navío de mando viesen que sus barcos de guerra se hagan a la mar, presumiblemente hacia la costa occidental de Estados Unidos. Esos barcos, señor Madrazo, ni siquiera llegarían a alta mar.

—¡Eso sería una canallada, un… asesinato en masa…! ¡Ustedes serían unos criminales de guerra! ¡Ustedes…!

—Cálmese. Quizá todavía podamos hacer algo… O, al menos, intentarlo.

Se inclinó sobre sus maletas abiertas, Y Madrazo lanzó un alarido de furia.

—¡Deje en paz sus maletas, no falta nada, ni importan nada! ¡Cualquier cosa que haya ahí, nunca puede ser tan importante que valga más que una decisión tomada a tiempo!

—Como siempre —susurró Brigitte—, usted se está equivocando. Tenga la bondad de permanecer callado, Juan Luis.

Estuvo apenas un minuto removiendo sus cosas. Por fin, asintió con la cabeza, se dirigió al maletín y sacó la radio de bolsillo, mientras dirigía una mirada a su relojito: las cuatro y siete minutos de la madrugada. No tardaría en ser de día…

Apretó el botón de llamada.

Y ocho o diez segundos más tarde oyó una voz de hombre

dinámica, fuerte, clara:

—CIA Adelante.

—Hola, Iván.

Hubo un breve silencio en el pequeño aparato. Luego, la misma voz de hombre, en tono jovial:

—Hola, Baby. Mis felicitaciones.

—Muy amable, Iván. Y no se preocupe por sus tres camaradas. Están bien.

—Me alegra saberlo. Naturalmente, ya comprendí que la jugada había fallado. ¿Cómo pudo darse cuenta de que los rusos estábamos utilizando sus radios?

—Se lo contaré en otro momento más oportuno. ¿Están bien mis compañeros, Iván?

—Mmm… Digamos que saldrán adelante. ¿Va a proponerme un canje?

—Eso, entre otras cosas. Personalmente, considero una estupidez que tres agentes americanos y tres agentes rusos sean inmolados sin beneficio para nadie, así que el canje me parece la solución más satisfactoria. ¿Está de acuerdo?

—En principio, sí.

—Magnífico. Hablemos de otra cosa ahora. ¿Se ha enterado de que la Flota del Pacífico de mi país está en las costas de Santa Pascua?

—Es una información que me ha llegado hace menos de un cuarto de hora. Ustedes están locos; son unos malditos canallas que, por poco que yo pueda…

—Calma, calma. Aquí no se trata de usted, ni de mí, ni de sensaciones personales. Vamos a jugar a espías serios, Iván. A espías de altos vuelos, de envergadura, de máxima categoría. Es muy posible que de usted y de mí dependa el desencadenamiento de la tercera guerra mundial.

—Ni usted ni yo somos tan importantes. Por otra parte…

—Le voy a hacer una proposición, Iván: dígame dónde, cuándo y cómo quiere que acuda, completamente desarmada, a una entrevista personal y urgente con usted. Fije todas las condiciones que guste: yo acudiré.

—¿Es una broma?

—No.

Hubo unos segundos de silencio. Por fin, de nuevo la voz de Iván:

—Yo la voy a llamar a usted dentro de cinco minutos, Baby.

El ruso cortó la comunicación. Pero, efectivamente, apenas habían transcurrido los cinco minutos, cuando la radio, que Brigitte no había dejado, sonó con su apagado bip-bip-bip.

—Dígame, Iván.

—Se va usted a reír —dijo el ruso.

—Ojalá. ¿Cuál es su proposición?

—La voy a estar esperando en el mismo sitio que anoche la esperaron mis hombres: plaza Universo. ¿Se ríe?

—No.

—Mejor, porque lo que sigue le cortaría en seco la risa: quiero que, en efecto, acuda usted sola y desarmada. En el coche sólo estaremos yo y uno de mis compañeros. Se llama Boris, por ejemplo. Pero alrededor nuestro, en toda la plaza, habrá no menos de diez compañeros más, por si usted está intentando tendernos una trampa. Si tal cosa sucede, nosotros, los rusos, no vamos a tener miramientos de ninguna clase con nadie.

—Estaré ahí dentro de veinte minutos.

Esta vez fue Baby quien cortó la comunicación. Juan Luis Madrazo, que había estado oyendo la voz metalizada del ruso, la miraba con expresión desorbitada.

—La van a hacer pedazos —jadeó.

Brigitte Montfort le miró y encogió los hombros. Luego, del doble fondo del maletín sacó una peluca blanca, que desconcertó al pascuense. De una de las maletas, un vestido negro, ropa interior de estilo que dejó estupefacto a Madrazo, zapatos negros de medio tacón muy ancho y un bastón con puño de plata.

Ante el cada vez más asombrado e incrédulo Juan Luis Madrazo, la señorita Marina Dolores, que primero había sido morena y luego rubia, se fue transformando de tal modo que cuando terminó su nueva caracterización el ministro aún no había podido reaccionar, y miraba boquiabierto a aquella elegante, anticuada y señorial anciana de blancos cabellos, que, tras un adecuado maquillaje facial, aparentaba alrededor de setenta años.

Ella escribió algo en un papel, y se lo tendió.

—Este es un número de teléfono de Washington, Juan Luis —

dijo—: si dentro de un par de horas como máximo no le he llamado a usted comuníquese con este número o, si por el destino de la llamada fuese a tener usted dificultades, dadas las circunstancias, salga en coche del país y, desde Perú, envíe lo que aquí le indico. ¿Entendido?

—Sí… Sí, sí.

—Pues, hasta luego…, o hasta nunca. Y créame: si quiere seguir siendo espía, aprenda un poco mejor la asignatura.

Tomó el maletín rojo con florecillas azules, que ahora estaba forrado de raso negro, y se marchó. Sólo al cabo de unos segundos pudo reaccionar Madrazo, echando un vistazo al papel, en el cual, además del número de teléfono y una dirección de Washington, decía:

Marina Dolores ha fallecido.
Su última voluntad: paz.

Capítulo V

Desde la plaza Universo, que queda un poco elevada, se veía el mar por entre los árboles y las flores de la zona ajardinada. Y, en el mar, lejos, todavía un poco borroso debido a la bruma del amanecer, se veía la Flota norteamericana, inmóvil sobre las grises aguas.

Iván Kuryenko la había visto ya en varias ocasiones, y, lógicamente, había visto también las flotas rusas. Pero, aun así, la visión de aquel conjunto de máquinas bélicas le impresionaba. Salía el sol, rojo, como fuego, rebasando los Andes, convirtiendo el cielo en una lámina al rojo vivo. Dentro de poco, su altura sería lo suficiente para que los rayos, ya no tan rojos, llegasen al mar. Entonces, la visión de la Flota norteamericana sería mucho más nítida. Y también entonces, posiblemente, todos los habitantes de La Pascua y de las pequeñas localidades costeras cercanas a la capital, tendrían ante sus aterrados ojos aquella visión de acero flotando en el mar.

—Iván: una mujer.

Kuryenko miró hacia donde señalaba su compañero Boris, sentado ante el volante. Una mujer. Una sola mujer, una sola persona en toda la plaza. Había aparecido, a pie, por una esquina, caminando con airoso pasito menudo, un tanto fatigado, apoyándose en un bastón.

—Es una anciana —murmuró Kuryenko—… ¿Sabes si hay misa a estas horas?

—No tengo ni idea. ¿Te parece posible que alguien se levante a las cuatro de la mañana para ir a la iglesia?

—¿Por qué no? Tan importante puede ser para esa mujer ir a la iglesia como para nosotros estar aquí —miró su reloj y frunció el ceño—. Si Baby es puntual, tiene que estar aquí antes de dos minutos.

—¿Realmente crees que vendrá?

Iván Kuryenko dedicó unos pocos segundos a reflexionar. Era un hombre alto, fuerte, sólido, de rostro pétreo, cabellos oscuros con algunas canas en las sienes y ojos dorados, muy extraños, como diminutos espejos. Debía tener unos cuarenta o cuarenta y dos años. Todo en él parecía sólido, fuerte, inexpugnable.

—Si fuese otro agente americano, te diría que no lo sé —musitó, por fin—. Pero Baby vendrá… Sí, vendrá. ¿Nunca te han contado nada sobre la conferencia en Río de Janeiro?

—No.

—A mí, sí. Ella vendrá.

—Pues, de momento, la única persona que viene es la vieja. Y ni es alta, ni rubia, ni joven, ni bonita.

Iván Kuryenko volvió a dedicar su atención a la anciana, que se acercaba al coche con su pasito menudo, gracioso. Además de ser atractivo y sólido, Kuryenko era inteligente. Inteligente de verdad; no tenía ramalazos geniales, pero tampoco había cometido jamás ninguna estupidez. Su inteligencia se podía comparar al chorro, siempre claro, siempre idéntico, de una fuente de manantial; siempre funcionando a la perfección. Miró de nuevo su reloj, otra vez a la anciana, y, de pronto, una leve sonrisita apareció en sus delgados labios, que parecían de piedra.

—Pon el motor en marcha —dijo.

Boris se volvió, desconcertado. Vio a Kuryenko abrir la puerta de atrás, salir del coche y quedar así ante la anciana, que llegaba en aquel momento, sosegadamente.

—Buenos días, Baby —saludó en inglés.

—Buenos días, Iván —sonrió la anciana—. Encantada de conocerle.

—Lo mismo digo. Aunque me parece que no podré decir que he conocido realmente a Baby. ¿O en verdad es usted así?

—No —volvió a sonreír ella—. Hay algunas cosas más que debo decirle: este bastón contiene en su interior un estoque, y dentro del maletín, además de mi pistola y mi radio, hay explosivo plástico, gas narcótico, gas letal, y toda una serie de pequeños trucos más. Por favor —tendió al ruso el maletín y el bastón—, no me estropeen nada.

Iván Kuryenko se hizo cargo de ambas cosas y se colocó de lado junto a la portezuela.

—Tenga la bondad —susurró.

La anciana entró en el coche, Kuryenko cerró la portezuela, y fue a entrar por la otra, sentándose junto a Baby.

—Vámonos, Boris —dijo.

—¿No vas a registrarla? —Gruñó el otro ruso.

Iván Kuryenko volvió la cabeza hacia la anciana de blancos cabellos, que llevaba unos lentes redondos, antiguos, muy adecuados al resto de su indumentaria. Y por detrás de aquellos cristales, que obviamente no tenían graduación alguna, el ruso vio los azules ojos, que a su vez le contemplaban atentamente.

—No —musitó—. Arranca ya.

Boris arrancó, mientras Baby musitaba:

—Gracias. ¿Vamos a algún sitio determinado o la conversación será en el coche?

—Vamos a un lugar que yo he elegido. Pero, mientras tanto, no veo inconveniente para que charlemos. ¿Ha visto ya sus… barquitos?

—Sí.

—Impresionante. ¿Qué están esperando?

—Por lo que yo sé, no harán nada a menos que Santa Pascua inicie la agresión.

—Bueno. Quizá eso nos conceda un margen de tiempo que podría dar resultados. ¿Cuál es su idea?

—Aclaremos antes una cosa, Iván: Estados Unidos no ha sido quien ha declarado la guerra a Santa Pascua, sino Santa Pascua a Estados Unidos. También le diré que en todo esto no hay maniobra alguna por parte de mi país. No hay planes extraños, ni intereses retorcidos, ni motivos políticos, bélicos, estratégicos, económicos o cualesquiera otros que a usted se le ocurra pensar. Si usted no cree en mis palabras, diga a Boris que pare el coche y la entrevista habrá terminado.

—Seguiremos charlando. Y espero que me crea usted si le digo que tampoco Rusia tiene proyecto alguno basado en esa guerra que puede comenzar de un momento a otro. Espere, Espere… Ciertamente, a Rusia le interesa Santa Pascua como… base de apoyo en América del Sur y el Pacífico. Usted debe saber que nunca desdeñamos conseguir eso de cualquier país, así que, por cualquier medio razonable, intentamos ganarnos su amistad: les prestamos

dinero, les enviamos técnicos, les…

—Lo sé. Pero de guerra, nada… ¿Es eso?

—Exactamente. Es absurdo pensar que Rusia desee un enfrentamiento armado con Estados Unidos. De ser así, en estos últimos años ha habido oportunidades mejores que ésta de utilizar a Santa Pascua de un modo tan… criminal y absurdo.

—Lo mismo digo de Estados Unidos.

—Muy bien —Kuryenko alzó las cejas con gesto divertido—: resulta que ni Rusia ni Estados Unidos son responsables de esa declaración de guerra. Entonces, ¿quién?

—La propia Santa Pascua. ¿No?

El ruso se quedó mirando a la norteamericana, más expresivo su gesto divertido. Parecía a punto de echarse a reír, pero acabó frunciendo hoscamente el ceño.

—No diga tonterías —gruñó.

—*Okay*. La idea no ha sido de Rusia, ni de Estados Unidos, ni de Santa Pascua. Bueno, al menos sabemos que no ha sido de Rusia ni de Estados Unidos.

—Olvide a Santa Pascua —volvió a gruñir Kuryenko—. ¿Cómo podían tener semejante idea en un país que después de disparar algunos cañonazos tendrán que rendirse, porque ni siquiera tendrán munición para continuar la guerra? Hablemos en serio.

—De acuerdo. ¿Conoce usted a algún agente del servicio secreto chino destinado en La Pascua?

—¿Pretende ahora cargarles la culpa a los chinos?

—Alguien tiene que haber sido el creador de tan brillante idea, ¿no le parece?

—Desde luego. Pero… Bien, supongamos que han sido los chinos. Y supongamos que yo conozco a uno llamado Wong Ti Kao, y que vamos a por él, y nos enteramos de lo que nos interesa. Supuesto todo esto, ¿qué ganaríamos sabiéndolo? Lo que interesa, en todo caso, es convencer a los pascuenses de que desistan de esa guerra.

—En efecto, ya he pensado en eso. Pero si han sido los chinos, bueno será saberlo, a fin de efectuar la debida presión sobre el Presidente Ayala. No basta tener fuerza; hay que saber dirigirla.

—Admirable —sonrió Kuryenko—. Y dígame: ¿hacia dónde cree usted que deberíamos dirigir nuestras fuerzas?

—Lo interesante sería encontrar la raíz —musitó Baby—. ¿No cree que hayan podido ser los chinos?

—Francamente, no. El Presidente Ayala, lo sé muy bien, está en muy buenas relaciones con Rusia, pero no ha tenido tratos con los chinos…

—¿Quién sabe? —sugirió Brigitte—. Usted dice que el Presidente Ayala está en muy buenas relaciones con Rusia, pero lo cierto es que él no ha consultado con ustedes para hacer esa declaración de guerra. ¿O sí?

—No.

—¿Les ha pedido ayuda, quizá, posteriormente?

—No. Está loco.

—Muy loco ha de estar… O bien dispone de un apoyo que ni usted ni yo sabemos. ¿Cómo habría de enfrentarse él sólo a Estados Unidos?

—Ya se lo he dicho: está loco. O. como usted dice, quizá disponga de otra ayuda. Podría ser.

—¿Conoce a alguien más capacitado e interesado que los chinos para prestarle esa ayuda?

—No. A nadie más.

—Muy bien —sonrió secamente la anciana—. ¿Dónde podemos encontrar a su supuesto conocido Wong Ti Kao? Y no me diga que, conociendo a un chino, ha permitido que en las actuales circunstancias se le haya escapado de su control.

—Tengo cuatro hombres vigilando a Wong desde hace tres días —gruñó Kuryenko—: yo también conozco mi trabajo, Baby.

—Me alegro. ¿Le parece que vayamos a ver al señor Wong?

—Para usted todo es fácil, ¿verdad?

—Estoy con usted, en su coche, conversando amigablemente, ¿no es así? ¿Por qué no habríamos de conversar también los dos con Wong Ti Kao? Somos espías de altos vuelos, no lo olvide.

—Yo creo que nada ganaríamos con ello. Primero, porque Wong lo negará todo. Pero, suponiendo que consiguiéramos hacerle admitir que China ha tramado todo el asunto…, ¿qué ganaríamos con ello?

—Pues, luego podríamos ir usted y yo, la MVD y la CIA, a ver al Presidente Ayala, y convencerle de que no le interesa esa clase de tratos con China; que debe desistir de seguir sus instrucciones.

Iván Kuryenko rió quedamente, mientras movía la cabeza con gesto admirativo.

—En verdad que vuela usted muy alto, Baby. Mire: lo de ver a Wong, a las buenas o a las malas, es factible. Pero si lo que pretendería luego es ver al Presidente Ayala, olvídelo.

—¿Por qué?

—¿No se ha dado una vuelta por delante de la casa presidencial? Está llena de soldados por todas partes. He intentado varias veces que el Presidente me reciba, pero se ha negado. Mientras tanto, en esas visitas, he podido llegar a la conclusión de que para llegar hasta el Presidente Ayala habría que echar abajo la casa y matar a toda la guardia. Por lo menos, hay quinientos soldados que…

—¿Recuerda que le pedí un helicóptero para trasladar a uno de mis compañeros, cuando, al principio de nuestra primera charla por radio, todavía creía que era usted también de la CIA?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Le gusta hacer apuestas, Iván?

—Si son interesantes, sí.

—Muy bien, Yo voy a necesitar ese helicóptero mañana sin falta, y como según entiendo, las fuerzas de la CIA han quedado un poco maltrechas y dispersas, dudo mucho que pudiese recurrir a esos compañeros que no sé dónde están escondidos, para pedirles un helicóptero. Pero necesito ese helicóptero… De modo que ésta es mi apuesta: primero, iremos a ver al señor Wong, y, si nos convencemos de que por ese lado no podemos hacer nada, yo me comprometo a llegar ante el Presidente Ayala. Si lo consigo, usted me proporcionará un helicóptero, en el cual se irán los tres agentes de la CIA que ahora tiene prisioneros, y el que tengo yo, herido, en una casa de la ciudad. Los demás ya se las arreglarán o quizá ya hayan escapado de La Pascua. ¿Acepta?

—Acepto. Y si usted consigue esto, cada vez que yo oiga pronunciar el nombre de Baby me quitaré el sombrero.

—Antes debe procurarse un sombrero —rió la anciana—. O, mejor aún: yo se lo regalaré, como… obsequio de despedida, espero que muy pronto. Bien: ¿vamos a ver a Wong Ti Kao?

Kuryenko se inclinó hacia adelante y tocó en un hombro a Boris.

—Ya lo has oído —dijo—. Luego sacó su radio de bolsillo, no la requisada a los agentes de la CIA, y apretó el botón de llamada.

Vamos a ver a Wong. Si no salimos de su yate como máximo media hora más tarde, hacedlo pedazos.

—Entendido, Iván —replicó una voz, también en ruso.

Kuryenko guardó la radio. Sacó cigarrillos, ofreció a la anciana y encendió ambos.

—¿Y qué hace el señor Wong en un yate? —preguntó ella, tras un par de minutos de silencio.

—Es un sujeto rico. Se dedica a importar cosas de China. De Hong-Kong, mejor dicho. Y, como es rico, pues tiene un yate —una sonrisa apareció en los labios de Kuryenko—. Es un yate muy bonito, con gran confort…, y naturalmente, con una radio de onda corta, armamento camuflado, tripulación un tanto especial. Supongo que el submarino que recoge los mensajes radiados de Wong no debe estar muy lejos de estas costas.

—Malo —sonrió la anciana—. Sólo faltaría ahora que desde uno de mis barquitos de guerra lo viesen, lo confundiesen con una ballena y le disparasen unos cuantos cañonazos. ¡Caramba, bien está una guerra entre Santa Pascua y Estados Unidos, pero no entre Estados Unidos y China!

—No deben temer a los chinos —alzó las cejas Kuryenko—: el potencial de Estados Unidos es mucho mayor.

—Sí, pero… ¿se imagina el trabajo que habría para matar a más de setecientos millones de chinos? ¡Sería la guerra de nunca acabar!

Iván Kuryenko soltó una carcajada.

No pudo evitarlo.

Wong Ti Kao contempló ceñudamente, todavía adormilado, al chino que acababa de despertarle, zarandeándole en la litera. Gruñó una pregunta en su idioma, y la respuesta le hizo abrir los ojos como si jamás pudieran volver a cerrarse. Pero en seguida recuperó su impasibilidad. Otra pregunta, otra respuesta; otra pregunta, otra respuesta… Por supuesto, Wong Ti Kao había saltado ya de la litera, y se estaba poniendo de cualquier manera una elegantísima bata de la más genuina seda china. Cubierto ya su corpachón redondo y bajito, Wong salió del camarote al pasillo, volviéndose hacia su empleado, haciendo una última pregunta:

—¿Llevan armas?

—No.

Recorrieron los dos el pasillo, y llegaron al salón del yate, Wong

por delante, desgreñados sus lacios cabellos negrísimos; tan negrísimos como sus ojos, que se clavaron primero en Iván Kuryenko y luego en la anciana. Pero regresaron inmediatamente hacia Kuryenko, que sonreía no poco divertido, sin que pareciese preocuparle la presencia de cuatro hombres más, armados de pistolas, que apuntaban hacia él y Baby.

—Buenos días, Wong —saludó Iván, en español—. Lamento haberle despertado a una hora tan temprana.

El chino parecía petrificado. De pronto, se dejó caer en uno de los sillones y gruñó:

—¿Qué es lo que quiere, Kuryenko?

—Charlar.

—No tenemos nada que decirnos. Es decir, sí, una cosa: me está cansando ya la vigilancia de sus hombres.

—Están trabajando —dijo amablemente el ruso—. Y usted, como buen chino laborioso, debería ser el primero en comprender que no es bueno dejar a un hombre sin trabajo. ¿Ha visto ya la Flota norteamericana?

—No. Pero sabía que iba a llegar esta madrugada.

—Cuando vuelva a llamar a su submarino, adviértales que no se pongan a tiro: sería un incidente muy enojoso…, y peligroso.

—Seguiré su consejo. ¿Qué más?

—Solamente le haré una pregunta, Wong: ¿qué es lo que persigue China al haber planeado esta guerra entre Santa Pascua y Estados Unidos?

Tanto Kuryenko como la silenciosa anciana miraban muy atentamente a Wong Ti Kao. Y se habrían apostado la vida a que la reacción del chino fue absolutamente legítima, sincera: primero, se quedó estupefacto, boquiabierto, aturdido incluso; luego, cerró la boca, frunció el ceño, volvió a abrir la boca, y finalmente, de pronto, se echó a reír.

—¡Fantástico! —exclamó—. ¿Está usted hablando en serio, Kuryenko?

—Pues, sí —Iván parecía decepcionado—. Estaba hablando muy en serio.

—¡Vamos!… ¡Un agente de su categoría!… ¡Lo que se van a reír en China cuando pase este informe!

—Es formidable que China se ría, señor Wong —dijo

amablemente la anciana—. La risa ahuyenta las malas ideas.

—Y ella, ¿quién es? —Frunció el ceño Wong.

—Soy su madre —explicó la anciana—. Me dijeron en Moscú que Iván estaba metido en una guerra inminente, y vine a ver si yo podía ayudarle en algo. A los niños hay que cuidarles mucho…, sobre todo, en tiempo de guerra.

—¿No le parece que su hijo está ya muy crecido?

—¡Oh! Para mí, Iván será siempre un niño.

Sorprendentemente, Wong Ti Kao estiró su delgada boca en una sonrisa que resultó simpática.

—Yo creo, señora Kuryenko, que a los niños no hay que permitirles jugar a espías.

—Lo sé. Sé que es un juego peligroso, pero, ¿qué quiere, señor Wong? ¡Ese es el juego que más le gusta a Iván!

—De acuerdo —rió Wong—. Mire, señora Kuryenko: me gustaría mucho darles a ustedes un susto; decir que sí, que China lo ha preparado todo, que tenemos unos planes inteligentísimos que abarcan el mundo entero y que esos planes se inician con la guerra entre Santa Pascua y Estados Unidos, y muchas cosas por el estilo. Pero, francamente, no es así: no estamos preparados para eso… todavía. ¿O ustedes creen que sí?

Kuryenko se puso bruscamente en pie.

—Vámonos —gruñó.

—¿No quieren tomar un té? —ofreció Wong Ti Kao.

—Lo tomaríamos con mucho gusto —se puso en pie la anciana—, pero mi médico me ha prohibido tomar bebidas fuertes tan temprano.

Wong Ti Kao emitió un pitido pectoral, que evidentemente era risa. Una risa sincera, ahogada, de auténtica diversión.

—Bueno —admitió—, queda usted invitada para otra hora más conveniente, señora Kuryenko. Pero, en vez de tomar té, ¿no preferiría almorzar conmigo?

—Lo lamento, señor Wong: tengo un compromiso anterior con un maharajá hindú.

—¡Vaya! —Wong lo estaba pasando divinamente—. ¿No será que le disgusta la cocina china?

—¡De ninguna manera! ¡Me encanta la cocina china, señor Wong! La sopa de aleta de tiburón, la agripimienta, el *chow mien*

en sus diversas variedades, la ensalada de bambú… Pero de modo muy especial el pato asado «Mandarín». Delicioso. Con un poquito de salsa de *soya*, claro.

—Claro. Sería usted una invitada excelente, señora Kuryenko. Pero me resignaré a no gozar de su compañía. A cambio, sería grato para mí privarme también de la compañía de cuatro amigos de su hijo, que me están resultando altamente fastidiosos. No quisiera tener que enfadarme de verdad.

—Vamos a ver, señor Wong: ¿acaso está usted tramando algo especial estos días en Santa Pascua?

—No… Me parece que no.

—Entonces, deje que esos cuatro muchachos se ganen su sueldo. Cuando usted quiera hacer algo especial, sólo tiene que avisarnos y ya verá cómo seremos tan amables de retirar la vigilancia.

—Es una buena oferta. Yo les haré otra: si cuando a mí me convenga estar solo, ustedes no retiran a esos cuatro hombres, les retiraré yo. ¿Está claro? ¿Está claro, Kuryenko?

—¿Se atreve a amenazarme? —sonrió despectivamente el ruso.

—Le estoy…

—Esperen —intervino de nuevo la anciana—. A mí no me gusta que dos buenos amigos se peleen. Iván, hijo: ¿por qué no complaces al señor Wong? A mí me parece que podrías emplear a esos amigos tuyos en cosas más útiles que vigilar a un caballero tan amable. Adiós, señor Wong. Hace una hermosa mañana, ¿no le parece? ¡Oh!, muchas gracias por todas sus amabilidades.

Se dirigió hacia la escalerilla de finas maderas, que conducía a cubierta. Uno de los hombres de Wong TI Kao se interpuso en su camino, pero Wong hizo una seca seña, y el paso quedó libre para la señora Kuryenko. Iván dirigió una torva mirada al chino, y se fue tras ella.

Dos de los chinos también subieron a cubierta. Cuando regresaron, Wong Ti Kao estaba ante el ventanal del salón, mirando a lo lejos, hacia la impresionante Flota norteamericana, que ya se podía ver con toda claridad, sin brumas, bañada por el sol, reluciente, terrible…

—Se han ido en un coche, Wong. Y los cuatro rusos se han retirado también. Aunque quizá no se hayan ido muy lejos, tú entiendes.

—Sí —se volvió Wong—, te entiendo. Pero no… Los han retirado de verdad. Es notable esa mujer. ¿Quién debe ser?

—La madre de Kuryenko, ¿no? —se desconcertó el otro.

Wong Ti Kao miró aviesamente a su empleado, soltó un bufido y se volvió a contemplar de nuevo la Flota del Pacífico de los Estados Unidos de América. Notable Flota. Pero todavía seguía pareciéndole más notable la elegante, amable e inteligente señora Kuryenko. Muchísimo más notable.

—¿Qué nueva genialidad se le ocurre ahora? —Gruñó Iván Kuryenko.

—¡Cómo! —protestó la anciana—. ¿Quiere usted más genialidad que la que representa haber retirado a sus cuatro compañeros de una zona de peligro, después de haber dejado un micrófono en el yate de Wong Ti Kao? Y además —señaló el receptor-grabador que Iván había sacado del maletín forrado de raso negro—, parece que este otro aparatito mío funciona, ¿verdad?

—Wong se dará cuenta —musitó Kuryenko.

—En ese caso volveríamos a apostar unos cuantos hombres cerca de él.

—Hay otro inconveniente: ni usted ni yo hablamos chino.

—Pero las conversaciones se graban, y tanto usted como yo tenemos recursos para tener la traducción en muy poco tiempo. ¿O no dispone usted de ningún hombre que hable chino?

—Claro que sí.

—¿Lo ve, camarada? Todo va bien.

—¿Todo va bien? —saltó Iván—. ¡Nada va bien! Desde luego que no me fiaría de la cara de ningún chino, pero cuando le hemos expuesto a Wong lo que pensábamos…

—A mí también me ha parecido que no sabía nada. No. Tampoco es un plan chino esto de la guerra, Iván.

—Usted sigue pensando que puede ser cosa de la propia Santa Pascua.

—Más o menos. Lo que sí creo es que solamente nos queda como último recurso esa proyectada visita mía al Presidente Ayala.

—No conseguirá que la reciba. Y por la fuerza, olvídelo.

—Ya tenemos una apuesta en marcha —sonrió la anciana—. ¿Le importaría a usted que yo viese a mis compañeros, Iván? A los tres que tiene prisioneros.

—No. Precisamente, mi proyecto inicial era llevarla a usted con ellos. Boris, vamos allá. Y en cuanto lleguemos avisa a León, para que sea él quien permanezca a la escucha de este receptor de Baby.

—Bien.

El coche siguió su marcha, bajo el control de Boris. La anciana se acomodó mejor en el asiento y alzó los ojos hacia el cielo. Un cielo limpio, azul, diáfano, hermoso, radiante… Un cielo que en cualquier momento podía quedar oculto y afeado por negros nubarrones que brotarían a cada cañonazo, a cada explosión de bombas convencionales, a cada avión que estallase en el cielo alcanzado por una ráfaga antiaérea…

Capítulo VI

Llegaron ante un taller de reparación de automóviles, tierra adentro, casi en las afueras de la ciudad. La puerta fue abierta desde dentro, sin necesidad de hacer llamada alguna, y el coche entró. La puerta fue cerrada inmediatamente, y el hombre que la había estado manejando se acercó al coche.

—¿Alguna novedad? —preguntó Iván, tras apearse.

El hombre hizo una seña, y ambos se retiraron de junto al coche, mientras Baby se apeaba. Les estuvo mirando, y se dio perfecta cuenta de que Iván parecía impresionado. Por fin asintió con la cabeza y se acercó a ella.

—Venga: la llevaré con sus compañeros.

—¿Está ocurriendo algo malo?

—Todavía no lo sé —pero Kuryenko parecía entre preocupado y desconcertado—. Tengo que hacer una llamada telefónica.

—¡Oh!, yo también —se sobresaltó Baby—. No sabía qué clase de hombre era usted, Iván, así que dejé ciertas instrucciones a un amigo. Sería muy conveniente que yo hablase con él.

—¿Por teléfono o por radio?

—Por teléfono.

Iván Kuryenko se quedó mirando fijamente a la anciana, y acabó sonriendo.

—Está bien. Yo tampoco sabía qué clase de mujer era usted, qué clase de… persona. Y, la verdad, no tenía la menor confianza en que pudiésemos llegar a entendernos.

—¿Y ahora? —sonrió ella.

—Ahora, le permitiré llamar por teléfono.

—Eso es lo que yo llamo espionaje de categoría —sonrió de nuevo Baby—. Gracias, Iván.

—Vamos al teléfono.

Dejaron atrás el taller propiamente dicho, recorrieron un pasillo,

y Kuryenko empujó una puerta. Entraron en un cuarto que tenía todo el aspecto de una oficinucha, muy adecuada al insignificante taller de reparaciones. Sobre la mesa, llena de papeles y de polvo, estaba el teléfono, y Kuryenko lo señaló.

—Sírvase.

—Le agradecería que no mirase usted el número que voy a marcar, Iván.

—Por supuesto. Pero puedo saber cuál es tan sólo oyendo los giros del disco.

—En ese caso —rió la anciana—, sería mejor que esperase afuera… Sólo hasta que haya hecho la llamada. Podrá oír la conversación, si lo desea.

—De acuerdo. Apuesto a que será muy interesante.

Salió del despacho, y cerró la puerta. Baby marcó el número de Juan Luis Madrazo, y, mientras sonaba el aparato de éste, se acercó a la puerta estirando del cordón y la abrió. Iván entró de nuevo en el despacho, se sentó en una silla y se quedó mirando, muy interesado, a la espía que era la admiración de todos los agentes secretos del mundo.

—¿Es usted, Miguel? —preguntó Baby.

—Soy Marina Dolores. Avise a su jefe, por favor.

—Sí. Espero.

Segundos después, Iván Kuryenko veía sonreír a la espía.

—Hola, colaborador —dijo—. ¿Me reconoce?

—Muy bien: no envíe el mensaje. Eso es todo.

Colgó y se volvió hacia Kuryenko, que estaba estupefacto y decepcionado.

—Vaya… —masculló.

—Lo siento —rió ella—. La verdad es que no tenía nada más que decir, Iván.

—Bueno —él sé puso en pie—. Tampoco podía esperar que usted desvelase secretos mundiales, precisamente. En cuanto a mí, es posible que mi conversación sea más interesante que la suya, así que me veo obligado a prescindir de su presencia.

—Lo entiendo.

—Boris la está esperando en el pasillo. La llevará a ver a sus amigos. Me reúno en seguida con ustedes.

Baby asintió con un gesto, y salió del despacho. Boris estaba

esperando afuera, en efecto. Señaló más hacia el fondo del edificio, y los dos acabaron de recorrer el pasillo. Llegaron a la última dependencia, Boris empujó la puerta y entraron. Había dos hombres armados en aquel lugar, que contemplaron con curiosidad evidente a la anciana de blancos cabellos. Pero ésta no les concedió más de una superficial mirada, porque en seguida vio a los tres Simones.

Estaban metidos entre grandes cajas que formaban un pasillo, atados de pies y manos cada uno de ellos a un gran neumático de camión. Todo estaba lleno de neumáticos viejos, llantas, piezas de coches, cajas… Todo sucio, grasiento o polvoriento. En la pared del fondo había una ventana estrecha, pero muy larga, horizontal, que dejaba penetrar la suficiente luz del reciente día.

La anciana se acercó a los tres espías americanos, y quedó en pie ante ellos, mirándoles inexpresivamente, mientras ellos, como los rusos, la miraban con curiosidad. Estaban en bastante mal estado, pero podrían soportarlo. Tenían golpes en la cara; rotas parcialmente las ropas. Baby recordó que ella lo había pasado incluso peor que los tres en no pocas ocasiones.

De pronto, Baby sonrió y se acuclilló ante ellos.

—Hola, Simón —saludó; miró luego a otro, y a otro—. Hola, Simón. Hola, Simón.

Los agentes de la CIA quedaron absolutamente turulatos durante unos segundos, muy abiertos los ojos, hinchados a golpes.

—¡Baby! —exclamó uno de ellos, por fin, incrédulo.

—Mamá Baby —rió ella—. ¿Cómo van las cosas por aquí? Ya veo que no demasiado bien, pero pronto terminará este acto: mañana saldrán del país en helicóptero. ¿Qué saben de sus demás compañeros? Opino que sería prudente retirarles a todos.

—Ya… O sea, que usted quiere que le digamos dónde están escondidos de la… marea rusa, para evacuarles también y evitarles todo peligro.

—Exactamente. Iván, el ruso que dirige este grupo de la MVD, tiene una de nuestras radios; es decir, las radios de ustedes, así que no tengo la menor esperanza de que los demás Simones contesten a mis llamadas, puesto que deben temer una encerrona. Pero si me dicen dónde están, me las arreglaré para ponerme en contacto con ellos.

—Es una buena idea —dijo el Simón que atendía la

conversación.

—Así lo creo. Bien: ¿cómo puedo ponerme en contacto con ellos?

—No tengo inconveniente en decírselo —sonrió mordazmente el agente de la CIA—: salga de este lugar, tome un coche y vaya al aeropuerto. Allí tome un avión con destino a Río de Janeiro. Una vez allí, tome un taxi y hágase llevar a Copacabana. Entonces, dé un paseo por la playa, con un cartelito colgado del pecho en el que haya pintado las siglas CIA Ya verá cómo nuestros compañeros se ponen en contacto con usted.

La anciana parpadeó.

—Entiendo. Y no les culpo por ello.

—No nos culpa… ¿de qué?

—De no confiar en mí. Creen que soy rusa y que les estoy tendiendo una trampa, ¿verdad?

—Psé… No crea: lo que pasa es que nosotros, aunque seamos de la CIA, odiamos a Baby, ¿comprende usted, señora?

—De acuerdo —rió ella, incorporándose—. Está bien, si no se lo han dicho a Boris, o a Iván, ni a los otros rusos, no tienen por qué decírmelo a mí. Espero, al menos, que los demás Simones estén bien escondidos.

—Sobre eso, señora, no tenga usted la menor duda.

—Me alegra saberlo. Y sigan así de discretos, por el momento. Mientras tanto, yo…

Volvió la cabeza al oír unas pisadas acercándose a ella. Vio a Iván, de pie tras ella, y se incorporó. Apenas estuvo frente a frente con el ruso, comprendió que algo sucedía. Algo nuevo; algo inesperado… Iván Kuryenko estaba lívido como un cadáver.

—¿Qué ocurre? —susurró Baby—. ¿Las hostilidades han…?

La mano derecha de Iván Kuryenko, grande, poderosa, fortísima, se movió. Dio de lleno en una mejilla de la anciana y la tiró de espaldas brutalmente sobre uno de los agentes de la CIA Fue una bofetada tremenda, capaz de dejar sin sentido a cualquiera. Pero Baby no quedó sin sentido. Se puso en pie rápidamente, se inclinó para recoger los redondos lentes, que habían saltado debido al golpe, y volvió a ponérselos, serenamente, fríamente.

—No debí confiar en un ruso —musitó.

—Perra asquerosa —tembló la voz de Iván, que hablaba en ruso

ahora—, me has engañado como a un cretino.

—¿En qué? ¿En qué, Iván?

El ruso cerró fuertemente los puños. Estaba temblando de ira, de una furia escalofriante. Dio un paso más hacia la anciana, pero se detuvo en seco.

—Debería romperte la cabeza —jadeó—… ¡Debería hacerte pedazos, puerca! Pero no lo voy a hacer… No así, tan fácilmente, no… Yo te enseñaré a engañarme, a burlarte de mí… Querías un espía de altos vuelos, ¿eh? Claro: cuanto más inteligente, más noble; cuanto más noble, más fácil sería engañarlo…

—Dígame en qué le he engañado, Iván.

—Eres demasiado lista para necesitar explicaciones, Baby.

—No le entiendo, Iván. Le juro que no le…

Baby desvió rápidamente la mirada de los ojos del ruso, al captar la entrada de más hombres en el almacén de trastos viejos. Eran tres hombres, y al verlos, una crispación apareció en los arrugados labios de la falsa anciana. Por un instante, tuvo la esperanza de estar viendo visiones, quizá debido a la terrible bofetada. Pero no. No estaba viendo visiones: aquellos tres hombres eran los que ella había dejado sólidamente atados en la casa de Juan Luis Madrazo. Los tres rusos que había pensado canjear por los tres Simones que estaban en aquel momento tras ella, atados a ruedas de camión…

Volvió a mirar a Iván, que la contemplaba con una furia que requería no poco dominio de sí mismo para contener.

—Ya ves: no necesito hacer canje alguno, Baby.

—Me doy cuenta —dijo ella fríamente—. Y es verdad lo que me dijo Madrazo: el espionaje es la industria nacional en Santa Pascua. Parece que él no sólo trabaja para la CIA, sino para la MVD Un caballero muy trabajador.

—¿De quién estás hablando? —se sorprendió realmente Iván.

Baby entornó los ojos. ¿Iván no sabía de qué estaba hablando? ¿No sabía que ella había dejado a aquellos tres hombres en manos de Juan Luis Madrazo? ¿Ni siquiera sabía quién era Juan Luis Madrazo? Entonces…, ¿qué estaba ocurriendo allí?

—¿Te refieres al ministro de Economía Nacional? —insistió Iván, como si recordase de pronto el nombre del tal ministro, con no poca sorpresa—. ¿Qué tiene él que ver con esto?

—Usted sabrá, Iván. Por mi parte, si no me da usted alguna explicación, no entiendo nada de nada.

—Yo te haré entender —aseguró duramente Kuryenko—. Pero más tarde, porque tengo que atender ahora otros asuntos. Volveré a… charlar contigo muy pronto. Atadla bien, como a estos otros. Y nada de miramientos… ¡No es ninguna anciana!

Alargó un brazo, asió la blanca cabellera, y la arrancó de un seco tirón. La imagen que consiguió fue sorprendente: un rostro arrugado, de anciana… rodeado de una negra mata de cabellos largos, juveniles, brillantes, suavemente ondulados.

—Ni vieja, ni rubia —sonrió secamente Iván—: una preciosa morena, ¿verdad? Mucho cuidado con ella.

Dio media vuelta, y salió del almacén, con gesto brusco, furioso. Los dos hombres armados estuvieron apuntando a Baby, mientras los tres que debían estar en la casa de Madrazo se dedicaban a atarla a una rueda, sañudamente, desde luego, sin ninguna contemplación, poniendo en evidencia su rencor hacia quien les había vencido tan fácilmente horas antes.

—Y te diré una cosa —dijo uno de ellos, cuando terminaron de atarla—: no seré yo quien se pierda el espectáculo cuando Iván termine lo que tiene que hacer y vuelva a por ti.

En el almacén quedaron solamente los dos hombres armados y los prisioneros.

Brigitte Montfort, alias Baby, volvió la cabeza hacia los hombres de la CIA y sonrió tristemente.

—Lo siento —murmuró—. Mi intención era buena, muchachos. Pero no hay que desesperar. Quizá podamos…

—A otro perro con ese hueso, hermana —gruñó uno de la CIA—. El truco que estáis empleando es más viejo que mi tatarabuela. Olvídanos, ¿quieres?

Baby se mordió el labio inferior, y ya no dijo nada más. Pero, desde luego, no tenía más remedio que admitir que la actitud de los tres hombres de la CIA no podía ser otra. Solamente un tonto caería en lo que parecía una trampa destinada a sonsacarlos.

—Mal están las cosas —pensó—. Y lo peor de todo es que no entiendo nada de nada.

Calculó que debían ser poco más de las nueve de la mañana, cuando Iván apareció en el almacén. Llegaba con dos hombres más y los

tres que estaban incomprensiblemente libres. En total, los de la CIA tenían delante a ocho agentes de la MVD.

Kuryenko acercó un cajón a puntapiés, se sentó delante de Baby y encendió un cigarrillo. No era en absoluto difícil ver el temblor de sus manos. Una vez encendido el cigarrillo, hizo una seña y uno de los rusos desconocidos hasta entonces por Baby se acercó, llevando en las manos el grabador-receptor de la espía internacional. Lo entregó a Iván, que lo puso en marcha y lo depositó en el suelo.

Primero se oyeron unas voces, en chino, evidentemente. Hubo un breve silencio; volvió a oírse el chasquido de la conexión de recepción, y volvieron a oírse voces en chino. Un nuevo lapso de silencio, muy breve. Se oían también pisadas. Baby identificó sin lugar a dudas las que indicaban que otra persona estaba descendiendo la escalerilla de madera que desde la cubierta llevaba al salón del yate, donde ella había dejado un micrófono en el pliegue del sillón donde se había sentado.

Por fin, oyeron la voz de Wong Ti Kao, identificable ahora fácilmente, al hablar en español:

—¿Está loco, Solana? —Gruñó—. ¡No ha debido venir aquí, por ningún motivo!

—Está equivocado —casi gritó el visitante—. ¡Tenía que decirle lo que ocurre, fuese como fuese!

—Dígalo y márchese inmediatamente. Los rusos…

—¡Olvide a los rusos, ellos no tienen nada que ver con esto! ¡El Presidente Ayala ha dado ya la orden de romper el fuego!

—¡No! —Se oyó el respingo de Wong—. ¡Está loco! Aunque quizá no… ¡Todo esto, puesto que usted asegura que no es cosa de los rusos, tiene que ser obra de los americanos, una maniobra que…!

—¡No, no, no! ¡No es cosa de los americanos tampoco, se lo aseguro, lo sé muy bien! ¡Es una decisión personal de Ayala, solamente de él!

—No es posible…

—¡Le digo que es así! Nadie ha aconsejado a Ayala ni le ha presionado en modo alguno… ¡Todo lo que ocurra será exclusivamente responsabilidad de él, y de nadie más!

—Esto es increíble… ¡Tiene que estar completamente loco! Lo van a aplastar en cuestión de minutos… ¿A qué hora empezarán las

hostilidades?

—A las doce… A las doce del mediodía y un minuto, se disparará el primer cañonazo contra la Flota de los Estados Unidos, para empezar a abrir paso a la de Santa Pascua hacia California.

—Ese hombre es un majadero… ¡El único camino que va a abrir es el de su propia tumba, el de la aniquilación de toda su ridícula flota, de su país…! Está bien, Solana, márchese.

—¿Qué piensan hacer ustedes?

—¿Los chinos, quiere decir? Está previsto: no queremos jaleos, así que voy a hacer una llamada por radio, y desapareceremos de escena inmediatamente. ¡No queremos tener nada que ver con lo que suceda!

—Pe-pero…, ¿qué…, qué hago yo?

—¿Y a mí qué me cuenta? Usted ha estado trabajando para nosotros, pero el juego ha terminado. Yo me voy a toda máquina de estas aguas. Usted, haga lo que quiera. Y cuanto antes se marche, antes me iré yo en el yate. Ha trabajado para nosotros; le hemos pagado… Todo ha terminado. Adiós, general Solana.

—Pero… Está bien… Adiós…

Se oyó nítidamente la precipitada salida del general Solana. Inmediatamente, la voz de Wong Ti Kao. Es decir, sus gritos, sus excitadas órdenes. Iván Kuryenko detuvo la marcha del aparato y se quedó mirando a Baby fijamente.

—Lo siento —murmuró—. Cuando hice la llamada telefónica antes, me dijeron que era cosa de la CIA con toda seguridad. Creí que usted me había estado engañando… Lo siento de veras.

—¿Quién es este general Solana? —musitó Baby, que estaba lívida.

—Epifanio Solana, un militar muy influyente en el país. Es uno de los hombres de confianza del Presidente Ayala.

—Pero trabaja para los chinos.

—Eso no tiene importancia. Aquí, todos trabajan para uno u otro servicio secreto.

—Lo sé. Y algunos para dos servicios secretos. Me estoy refiriendo a Juan Luis Madrazo.

—No sabía que Madrazo trabajara para nosotros.

—Vamos, vamos, Iván…

—No lo sabía.

—¿Pero lo sabe ahora? ¿Sabe ahora que Madrazo es un agente doble? ¡Y parecía un pobre tonto…! De todos modos, no entiendo muy bien la actitud de Madrazo… Estoy desconcertada.

—Yo también… ¡Pero tenemos que hacer algo!

—Buena idea —sonrió Baby—. Pero yo no podré hacer nada mientras siga atada aquí, Iván.

Kuryenko desató a Baby rápidamente, y ella se puso en pie, frotándose las doloridas muñecas. Los tres agentes de la CIA la miraban boquiabiertos: todavía no sabían si creer a aquella mujer o seguir considerando que todo aquello era una treta para hacerles decir dónde estaban o podían estar escondidos los demás agentes de la CIA.

—Ellos permanecerán aquí —señaló Kuryenko a los Simones.

—Se lo merecen, por desconfiados —sonrió Baby—. Pero, Iván, sus tres compañeros ya están libres, ¿no es así?

—Están libres —gruñó el ruso—, pero no fue por canje, sino por nuestros propios medios.

—Está bien, luego hablaremos de eso. Ahora, antes de entrar en acción, quiero aclarar algunos puntos. Veamos: ¿fue Madrazo la persona a la que usted llamó por teléfono?

—No.

—¿No? ¿Quién fue, entonces?

—Escuche, Baby, todo tiene un límite. Ya es bastante sorprendente esta… alianza nuestra, así que no vaya a pedirme que le diga ahora cómo está formada nuestra red en Santa Pascua.

—De acuerdo —replicó ella, secamente—. Pero yo no pienso hacer nada hasta que tenga claras en mi mente algunas cosas.

—¿Y qué haría usted? Sé que hay que hacer algo, pero…

—Yo puedo impedir esa guerra.

—¿Cómo?

—Primero, quiero respuestas. Mire, Iván: no me interesan nombres ni revelaciones especiales… Sólo quiero aclarar algunas cosas, para mí misma, para saber lo que tengo que hacer. No tengo la menor intención de buscar complicaciones posteriores. Usted dice que creyó que yo le estaba engañando, que esto era cosa de la CIA Muy bien: si no fue Madrazo quien le dijo esto, ¿quién fue?

Iván Kuryenko vaciló. Se pasó una mano por la cabeza, impaciente, indeciso…

—Cada segundo que pasa —murmuró Baby— nos acerca más a las doce y un minuto de este mediodía.

—Está bien: fue nuestro jefe especial.

—¿Le llamó a usted su… jefe especial?

—Sí.

—¿Qué le dijo?

—Bien. Me dijo que iba a soltar a nuestros tres hombres y que la retuviese a usted, por el momento. Luego, tenía que reunirme con él… Así lo hice. Con él estaba Juan Luis Madrazo, que fue quien aseguró a mi jefe especial que la CIA tenía que ser la que dirigía todo el asunto.

—Lo cual no dejaba de ser una suposición de Madrazo.

—Lo sé ahora. Pero Madrazo nos enseñó a mi jefe y a mí una nota que usted le había entregado. Ya sé que… su última voluntad era la paz, según pone en ese papel, pero… Madrazo lo interpretó precisamente como una contraseña en sentido contrario. Cuando usted se fue, se puso en contacto con nuestro jefe especial, que era el único que tenía relaciones con él, ya que, para todos, Madrazo debía parecer fiel a la CIA exclusivamente. Por eso yo no sabía que trabajase para nosotros. Bien. Entre mi jefe, Madrazo y yo llegamos a la conclusión de que usted enviaba una contraseña especial, y yo regresé aquí dispuesto a obligarla a usted a explicármela. Pero, al llegar, uno de mis hombres, el que atendía su receptor, me dijo que tenía que escuchar lo que se había hablado en el yate de Wong, y…

—Entiendo. Y ahora entendemos todos que ni Rusia, ni Estados Unidos, ni China quieren esa guerra. Solamente la desea el Presidente Ayala. ¿Correcto?

—Claro.

—Mientras tanto, según entiendo, Madrazo se puso en contacto con su jefe especial, que, mientras creyó que yo había venido a Santa Pascua para arreglar las cosas, me dejó hacer. Pero cuando Madrazo, al marcharme yo, le dijo lo de mi mensaje, ambos llegaron a una conclusión equivocada, y, en cuanto usted regresó aquí, atendió el recado por el que se le ordenaba llamar a su jefe especial, y éste le dijo que debía retenerme, ya que, al parecer, yo había venido aquí precisamente a acelerar el estallido de esa guerra.

—Sí.

—Pero, evidentemente, a ustedes tampoco les gusta esa guerra,

no la desean en modo alguno… ¿Cierto?

—Cierto.

—Por lo tanto, están dispuestos a seguir dejándome trabajar en el sentido de impedirla.

—Todos queremos impedirla —musitó Iván—. Si usted tiene una idea para lograrlo, la apoyaremos. Pero me gustaría saber cómo espera usted conseguirlo.

—Iván: ¿no se ha puesto usted en el lugar del Presidente Ayala por un momento?

—No —se desconcertó el ruso—. No.

—Pues ha debido hacerlo. Póngase ahora. Suponga que es usted el Presidente Ayala, el único responsable de esta guerra que puede empezar. Dígame: ¿qué esperaría usted conseguir?

Iván Kuryenko estuvo pensativo casi un minuto, pasando de una expresión a otra. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—Lo único que podría conseguir sería la aniquilación absoluta de Santa Pascua. No se me ocurre ninguna otra cosa.

—Ni a mí —sonrió extrañamente Baby—. ¿Y no le sorprende eso en un hombre como el Presidente Ayala, del cual se sabe que es justo, honrado, leal con su pueblo, al que ama por encima de todo?

—Sí… Sí, claro… Es muy sorprendente.

—Mucho. Bien: ¿me devuelven mi peluca de simpática ancianita, por favor?

Le fue devuelta la peluca, se la colocó, sonrió a sus Simones, que comenzaban a convencerse de que se habían pasado de listos, y se dirigió hacia la puerta. Pero Kuryenko la retuvo por un brazo.

—Está bien —refunfuñó—: ¿a qué conclusión ha llegado usted con todo eso? Yo sigo sin entender los propósitos de ese hombre.

—Yo tampoco. Por eso, iré a preguntárselos. Salvo que usted tenga una mejor idea que la mía, necesito una pistola y que me lleven en coche hasta cerca de la casa presidencial. Ah, y también mi radio de bolsillo. No diré nada más, Iván… hasta que estemos en el coche.

Capítulo VII

El coche se detuvo en la avenida Nacional, a unos ciento cincuenta metros de la casa presidencial. Al volante iba Iván Kuryenko, todavía demudado, atónito. Junto a él, la anciana sonriente que iba a cruzar una guardia de más de quinientos hombres.

—No olvide nada, Iván —dijo amablemente—. Sería impropio de un espía de altos vuelos.

—No lo conseguirá —murmuró el ruso—. No podrá conseguirlo. La matarán…

—Eso no debería apenar a un agente de la MVD Soy su enemiga. ¿O lo ha olvidado?

Kuryenko parpadeó. ¿Su enemiga? Bueno: ¿Qué le había hecho a él la agente Baby? Ciertamente, había destruido cientos de planes del espionaje soviético y había matado a no pocos agentes secretos. Pero… también él había causado muchos contratiempos a la CIA, y, en alguna ocasión, había tenido que matar a algún norteamericano… Eran espías. Y, sobre todo ella, de muy altos vuelos.

—Dejaremos esa cuestión para otro momento. Ahora, le deseo suerte.

—Pasmoso —ella le tendió la mano, expectante—. Hasta la vista, Iván. O adiós.

El ruso se quedó mirando aquella mano. No era una mano de anciana, sino hermosa, pequeña, delicada… Pero cuando la estrechó, en silencio y un tanto retraído, notó bajo la fina piel tibia aquella sorprendente dureza de acero, que le hizo recordar los largos cabellos negros, suavemente ondulados que escondía aquella blanca peluca.

Tras estrechar aquella mano, sin aceptar la despedida, Iván Kuryenko dejó caer la cabeza sobre el pecho, sombrío, y pareció ignorar la presencia de la enemiga número uno de la MVD Aunque

no siempre, eso estaba bien claro. Ella sonrió y salió del coche, apoyándose en su bastón con empuñadura de plata. Sólo cuando ella estuvo de espaldas, caminando hacia la casa presidencial, levantó el ruso la cabeza. Y se sorprendió a sí mismo pensando que aquella mujer que caminaba achacosamente hacia la casa, se estaba jugando la vida no por Estados Unidos ni por intereses directos de la CIA, sino por un país que no era el suyo, por gentes a las que ni siquiera conocía…

Respingó de pronto, y salió del coche rápidamente: tenía que encontrar un teléfono a la hora convenida con Baby.

Mientras tanto, ésta había llegado ante la primera línea de guardia de la casa presidencial, que, naturalmente, le cerró el paso. Primero, la anciana argumentó plácidamente. Luego, comenzó a dar gritos, hasta que apareció el oficial de guardia, presuroso, mirándola con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—Mi teniente, esta señora…

—¡Quiero ver inmediatamente al general Solana! —Agitó la anciana su bastón—. ¡Y ustedes van a ser fusilados si no me llevan ante él ahora mismo!

—Señora: el general Solana está muy ocupado. Vuelva…

—¡Narices! ¡Se está jugando la cabeza, joven! Se lo voy a decir una sola vez: dígale al general que quiere verle una enviada de su amigo del yate que él ha visitado esta mañana. Sólo eso. Si no lo hace, dese por fusilado.

El oficial de guardia vaciló, frunció el ceño…

—Espere aquí, por favor —gruñó.

Regresó rápidamente al cuerpo de guardia. Desde fuera, la anciana le vio conversar con un comandante. Los dos vacilaban. Luego, el comandante encogió los hombros y desapareció del radio visual de la anciana… Seguramente iba a utilizar uno de los teléfonos interiores… Mientras esperaba, la anciana miró hacia la casa, grande, blanca, con altas columnas. Un gran balcón se extendía hacia los jardines. En lo alto, la bandera de Santa Pascua, ondeando a la suave brisa que llegaba del mar. Una brisa que podía convertirse en vendaval de muerte en cualquier momento.

El comandante y el teniente salieron presurosamente del cuerpo de guardia, corriendo hacia ella.

—El general la recibirá en seguida —dijo el comandante—. Por favor, venga por aquí, señora.

—Gracias —la anciana se volvió hacia el teniente—. ¿Lo está viendo, botarate? ¡Se ha salvado de una buena!

—Sí —tragó saliva el teniente—. Sí, señora; disculpe. Es que…

—¡Le diré al general que lo degradé a soldado, se lo aseguro! ¡Y usted, en marcha!

—Sí, señora —farfulló el comandante—. Por aquí, por favor.

Emprendieron la marcha por el ancho sendero, atestado de soldados. Soldados por todas partes. Y, en los lugares convenientes, ametralladoras y cañones ligeros; en la explanada lateral, dos carros de combate, algunos *jeeps*, un par de automóviles y más soldados.

Llegaron ante la amplia escalinata, también vigilada por soldados. La subieron, entraron en la casa…

El joven teniente, que estaba no poco preocupado por la perspectiva de su descenso a soldado raso, desvió la mirada hacia el soldado que, procedente del cuerpo de guardia, se plantaba ante él, saludando.

—¿Qué pasa?

—Mi… mi teniente, han… han llamado de…

—¡No tartamudee!

—No, mi teniente. Es que… han llamado por teléfono desde fuera y nos han comunicado que… que una anciana piensa… introducirse en la casa para… asesinar al Presidente Ayala… Bueno; he visto a una anciana, que…

No hacía falta que dijese nada más, porque el oficial, demudado el rostro, corría como un loco hacia el edificio, sacando su pistola, dando órdenes a gritos, arrastrando tras él a todos los componentes de la guardia ante los cuales pasaba. Se formó un nutrido pelotón, que pareció volar escaleras arriba. Entraron en el vestíbulo de piso de mármol armando tal alboroto que la guardia interior apercibió sus armas, desconcertados. Al fondo del vestíbulo, el comandante y la anciana se habían vuelto, también sorprendidos.

—¡Mi comandante! —aulló el teniente—. ¡Viene a asesinar al Presidente!

El comandante quedó de una pieza, aturdido, como petrificado. La anciana dio un gritito de rabia, se subió la falda y esgrimió una pistola…, que obligó al militar a reaccionar. Saltó sobre ella, la

derribó y le quitó la pistola de un manotazo, pasando en seguida a dominarla, pese a los gritos y contorsiones de la anciana. El teniente y algunos soldados llegaron a todo correr, y en pocos segundos la anciana fue puesta en pie, completamente dominada, fuertemente sujeta.

—¡Le mataré! —gritó—. ¡Le mataré sea como sea, nadie podrá impedir que cumpla mis órdenes, pero antes le diré… le diré…! ¡No! ¡Nunca se lo diré! ¡Nunca!

—Regístrenla bien —jadeó el comandante—: puede llevar más armas.

La anciana no llevaba más armas. Pero sí llevaba una radio de bolsillo…, y, para pasmo de los soldados, tenía unas piernas absolutamente sensacionales, finas, perfectas, doradas… También el comandante estaba estupefacto ante el sorprendente descubrimiento. De pronto dio un tirón a los cabellos de la anciana… y se quedó con la peluca en la mano.

—Enciérrenla —tartamudeó—. Voy a dar parte de lo sucedido.

La puerta del cuarto se abrió y entró un hombre de mediana estatura, delgado, elegante, de gestos reposados. Sus cabellos eran grises; sus ojos, oscuros, serenos, inteligentes. Detrás de él entraron varios hombres más, todos ellos demudados. Pero no él, en lo más mínimo.

Se quedó mirando a la prisionera, que estaba rodeada de soldados armados y de hombres vestidos de paisano, todos tensos, crispados. La atmósfera no podía ser más tensa. El hombre se plantó delante de la anciana, y se quedó mirándola con curiosidad. Curiosidad justificada, pues no sólo se veían sus cabellos juveniles, sino que el maquillaje, debido al calor, se estaba diluyendo, haciendo desaparecer las arrugas en aquel rostro femenino.

—¿Quería usted matarme? —preguntó el hombre.

—No —sonrió la mujer.

Hubo un respingo colectivo de sorpresa.

—¿No? —se sorprendió también el Presidente Ayala.

—No. Lo que quería, precisamente, era esto: llegar ante usted.

—¿Para qué?

La presunta asesina sonrió, pero apretando los labios. El Presidente Ayala la estuvo contemplando unos segundos en silencio. De pronto, dijo:

—Salgan.

Hubo un respingo colectivo. Uno de los hombres de paisano adelantó un paso hacia él.

—Pero señor Presidente, esta…

—Salgan todos.

Todavía hubo alguna vacilación. Pero lentamente todos salieron del cuarto. Waldo Ayala tomó una silla, la colocó delante de la que ocupaba la atada prisionera, y se sentó, tranquilo, imperturbable. Tan imperturbable, tan sin expresión, que era facilísimo captar sus profundas ojeras, su gesto rígido, casi patético.

—¿Tiene algo que decirme? —musitó.

—Así es.

—Ya… Pero, por lo que he oído, es algo que no querrá decirme nunca. ¿Cierto?

—Palabras dichas para despertar su interés, señor.

—Sí, ya sé. Todo lo que usted quería era estar frente a mí. Muy bien; lo ha conseguido. ¿Y ahora?

—Me llamo Brigitte Montfort y soy periodista norteamericana… en mi vida normal, por decirlo así. Pero también soy una espía. Es muy posible que usted haya oído mencionar mi nombre a alguien de su servicio secreto: Baby.

Waldo Ayala parpadeó.

—En efecto —susurró—. He oído algunas veces hablar de usted a Pacheco, a mi jefe del servicio secreto. Entiendo que usted trabaja para la CIA.

—Trabajo con la CIA Con la CIA, no para la CIA.

—Es un matiz digno de tenerse en cuenta. Sin embargo, no comprendo qué pretende usted, o la CIA: no es ningún secreto que he declarado la guerra a Estados Unidos. En cuanto a mis fuerzas armadas, tengo la certeza de que ustedes las conocen muy bien. Ya no hay nada que espiar en Santa Pascua. Y si no ha venido a matarme, ¿a qué ha venido usted?

—¿Ya es de dominio internacional su declaración de guerra a mi país?

—Lo será dentro de poco.

—¿A las doce y un minuto?

—¿Sabe usted eso? —se sorprendió Ayala—. Buen trabajo. La declaración de guerra será hecha pública a las doce en punto. Y

atacaremos a las doce y un minuto: nosotros no somos japoneses. Por otra parte, Estados Unidos está al corriente del caso, como lo demuestra la presencia de su Flota del Pacífico ante las costas de Santa Pascua. No habrá sorpresas ni ataques traicioneros. Sólo una guerra.

—Ni siquiera será eso —susurró Baby—: será, únicamente, la mayor masacre de la historia.

—No llegará a tanto —sonrió Ayala, tristemente—. Pero, desde luego, habrá víctimas.

—Muchísimas más de las que usted se figura: un par de proyectiles atómicos hacen mucho daño, señor Presidente.

Waldo Ayala quedó de pronto pálido como un muerto.

—¿Qué dice usted? —jadeó.

—Hay algunos submarinos atómicos en esa Flota. Las órdenes indican que dos de ellos deben lanzar sus «Poseidón» sobre Santa Pascua en cuanto ustedes disparen el primer cañonazo. Si no se rinden inmediatamente, dispararán dos proyectiles más.

—No… ¡No, no, no, no…! —gritó Ayala.

—¿Por qué no?

—¡No pueden hacer eso! ¡No pueden utilizar su poderío atómico contra un insignificante país! ¡No es cierto! ¡No pueden…!

—Le aseguro que sí, señor Presidente. Estados Unidos acaba de firmar un tratado de paz con Vietnam. Allí han muerto muchos norteamericanos, y mi país está harto de esto. Está harto de guerras, de provocaciones y de muertes nacionales. No están dispuestos a aceptar una guerra convencional, que puede durar horas o días. No. Quieren terminar apenas sea comenzada. No quieren ni un solo norteamericano muerto, si es posible. Así que usarán de una vez toda su fuerza, y asunto terminado.

—No es verdad… ¡No es verdad!

—Se convencerá de lo contrario a las doce y un minuto.

—Pero es… es un asesinato en masa, es…

—Usted se lo ha buscado. Ni China, ni Rusia, ni nadie… Sólo usted. ¿No es cierto?

—Sí… Sí, sí, pero mis intenciones…

—Conozco bien sus intenciones.

Waldo Ayala se quedó mirando incrédulamente a la mejor espía del mundo.

—¿Conoce usted mis intenciones? —susurró.

—Por supuesto. Lo que usted quiere es una guerrita de unos minutos; luego, rendirse, ser invadido por las fuerzas armadas de los Estados Unidos, y, posteriormente, recibir su ayuda económica, sin tasa ni medida. Y eso le habría costado a su país unos pocos muertos, la pérdida de un par de navíos de guerra… Porque, claro, sus intenciones son rendirse apenas sea comenzada la guerra, ¿no es así?

—¿Quién la ha puesto al corriente de… de esto?

—Nadie.

—¿Quiere decir que eso no lo saben en Washington?

—Es más que posible que haya entrado dentro de los cálculos de nuestros estrategas, pero, según mis noticias, no piensan aceptar ese cálculo, sino atacar fuerte y acabar en un minuto. ¿No le parece que está usted un poco loco, señor Presidente?

—¿Loco?

—Aunque sólo sea un poco. En cierto modo, admiro la decisión que ha tomado y tengo la seguridad de que sería doloroso para usted sacrificar la vida de unos cientos de pascuenses. Pero lo hace aceptando todas las consecuencias, con vistas a un futuro mejor para Santa Pascua, supongo. ¿No le va bien con los rusos, quizá?

—Usted parece capaz de comprenderlo todo.

—Una vez puesta en el buen camino, sí. ¿Contestará a mi pregunta? Diga: ¿no le va bien con los rusos?

—¡No! ¡No quiero a los rusos aquí!

—Sin embargo, ha estado aceptando su ayuda económica, les ha comprado armas… Les debe usted mucho dinero. Y, que yo sepa, los rusos han sido bondadosos y generosos con ustedes. ¿O no?

—En principio, más que Estados Unidos, que nos negó toda ayuda…

—Estados Unidos, señor Presidente, es un país poderoso que está harto de ingratitudes. Si bien admito que, generalmente, quiere cobrar muy caros sus favores.

—Por eso no quise admitir más favores de Rusia, ni pedirlos a Estados Unidos. En cuanto a Rusia, todo iba bien hasta que, de pronto, comenzaron a presionar, exigiendo la devolución de la totalidad de los préstamos. O eso, o una serie de concesiones, que cada vez irían poniendo más completamente el país en sus manos…

—¿Dice usted que esas exigencias comenzaron de pronto?

—Sí.

—Es extraño… ¿Y hasta entonces no habían exigido nada?

—Hasta entonces, nada. Y de pronto todo se volvió presionar, exigir…

—Es extraño, ¿verdad?

—No lo sé. Pero realmente yo hacía ya tiempo que había tomado mi decisión de atacar a Estados Unidos. Fue por eso que compré armamento a Rusia, a crédito.

—Para atacar a Estados Unidos —Baby movió la cabeza con gesto admirativo—. Usted es un hombre interesante, señor Presidente. Y por sus palabras deduzco que, desde siempre, sus inclinaciones personales han estado a favor de Estados Unidos… ¿O no?

—Sí. Pero ya le he dicho que su país no quiso saber nada, quizá, por lo que usted ha dicho de las ingratitudes; es posible. Sin embargo, mi decisión de formar parte de los Estados Unidos de…

—¿Formar parte? ¡Por Dios! ¿Tan ambiciosos son sus proyectos?

—¿Por qué cree que quería provocar esta guerra y ser invadido por Estados Unidos? Forzando esa invasión, forzaba nuestras relaciones, que las prefiero a las rusas. Una vez vencidos, seríamos ayudados, y, si todos mis planes se desarrollaban sin contratiempos, encauzaría las cosas de tal modo que, muy pronto, se expondría la posibilidad de que Santa Pascua fuese uno más de los Estados Unidos. ¿Acaso no lo es Hawaii? ¿Y Alaska? ¿Por qué no Santa Pascua?

—De modo que su proyecto final es ser… absorbido por los Estados Unidos; ser un Estado más.

—Sí. Es la única manera de sacar de una vez a mi país de esta maldita pobreza, de esta… penuria continua de todo.

—¿Y Rusia?

—Oh —sonrió Ayala—. Estados Unidos le pagaría sus ochenta millones de dólares, y asunto terminado. ¡Y ya se guardarían muy bien los rusos de entrometerse en un país ocupado militarmente por Estados Unidos y en vías de convertirse en un Estado más!

—Fantástico. ¿A tanto le obliga la pobreza nacional, señor Presidente?

—Bien. Ya sé que todo esto costaría unos cuanto muertos a mi

país. Pero, si fuese necesario, hasta yo mismo me sacrificaría con tal de conseguir que los demás tuviesen en adelante una vida digna. Cuando pienso en esos cientos de muertos que costará esta guerra siento como si mi pecho se desgarrase por dentro. Y si no fuese porque Santa Pascua aún va a necesitarme unos cuantos años, yo sería el primero en morir. Pero no puedo hacerlo. Tengo que ayudarles, dirigirles, convencerles… Voy a sacrificar a unos cientos de compatriotas, y créame: será como sacrificar hijos propios, de mi carne y de mi sangre. ¿Pobreza nacional, dice usted? Muy bien, se lo expondré de otro modo: si todos nos dejasen en paz, yo no habría ideado esto. Pero ni siquiera nos dejan en paz… Tenemos proposiciones chinas, proposiciones rusas, proposiciones de otros países… ¿Cree que es realmente para ayudarnos? ¡Ah, no, claro que no…! Quieren algo: que les compremos sólo a ellos; que les permitamos instalar unas bases militares, o pesqueras, o comerciales; que aceptemos sus orientaciones políticas… ¡Lo quieren todo, a cambio de que nosotros no seamos nosotros mismos! Pues bien: yo no tengo apego más que a una sola idea política, y es la de que mi pueblo viva en paz y prosperidad. Y, después de pensarlo mucho, he elegido a los norteamericanos, porque son los que, a mi juicio, me ofrecen mayor garantía de libertad personal y de felicidad dentro de su sistema. Si tenemos que estar bajo la bota de alguien, que sea de la que elijo yo, no los demás.

—¿Y no hay otra solución que ésta, según usted?

—¿Cuál otra? Bueno, hay una, pero no nos dejan ponerla en práctica: que nos dejen en paz en nuestro país. Si no quieren ayudarnos, que no lo hagan…, ¡pero que nos dejen en paz, que no quieran dominarnos ladinamente, imponernos sus ideas…! ¡Que nos dejen en paz todos, y nos moriremos pobres, pero tranquilos! ¿No le parece esto fácil? Pero no… Siguen viniendo, haciendo proposiciones, sonriendo… ¿Quieren dominar mi país? De acuerdo, pero eso lo hará quien yo he elegido.

—¿Realmente cree que alguna vez sería Santa Pascua un Estado de los Estados Unidos?

—Es mi última esperanza. Prefiero ser parte pequeña de un gran país a ser un país títere de otros.

—Muy bien —susurró Baby—. En ese caso sólo tiene que esperar

a las doce y un minuto y disparar su primer cañonazo. Ya veremos qué pasa luego.

—No. ¡No puedo hacerlo ahora! Una cosa es unos centenares de muertos, y otra muy diferente recibir el impacto de proyectiles atómicos. En pocos minutos, La Pascua sería una ciudad en ruinas, morirían miles, cientos de miles de personas. ¡No puedo hacerlo, en estas condiciones!

Waldo Ayala escondió el rostro entre las manos, inclinándose hacia adelante, y Brigitte Montfort oyó perfectamente su sollozo. ¿Un loco? ¿Estaba loco Waldo Ayala, Presidente de Santa Pascua? Una guerra con unos centenares de muertos para garantizar el bienestar, la prosperidad de unos cuantos millones… ¿Bien o mal? Decididamente, mal. Pero…, ¿era Waldo Ayala el único culpable, el único causante de que semejantes planes hubiesen germinado en su mente?

—Señor Presidente.

Ayala alzó la cabeza, y se quedó mirándola con ojos enrojecidos.

—No puedo hacerlo —susurró—. No.

—Entonces, no lo haga.

—Es tarde ya. Esa declaración de guerra que obra en poder de Estados Unidos, todos los planes…

—Utilice su cuerpo diplomático para presentar las más completas excusas privadas a Estados Unidos. Luego, devuelva su maquinaria bélica a Rusia, y así deberá menos dinero. Dinero que podrá devolverle antes de un mes.

—¡Treinta millones de dólares en un mes! ¿De dónde los saco?

—Recibirá envíos de algunos pequeños países: Nueva Granada, Ausvania, Atlantic, Kingdom… No le pedirán intereses, ni garantías, ni querrán imponerle nada. Será un regalo.

—Usted no sabe lo que dice.

—Y usted no sabe lo que hace. Elija. Y no se demore demasiado, porque están esperando mi aviso.

—¿Su aviso? ¿Quiénes?

—Unos compañeros de la CIA Si antes de las doce yo no les he avisado de que usted ha desistido de sus proyectos bélicos, lo comunicarán por radio al mando de la Flota del Pacífico, y entonces no esperarán a las doce y un minuto, sino que dispararán sus dos primeros proyectiles a las doce menos un minuto… No olvide usted

que Estados Unidos tiene su declaración de guerra.

—¿Harían eso?

—Está todo preparado así —siguió mintiendo la espía.

Waldo Ayala suspiró profundamente, cerrando los ojos, y permaneció así unos segundos. Por fin se puso en pie, fue hacia la puerta, la abrió y señaló a Baby.

—Déjenla marchar —ordenó.

Capítulo VIII

Iván Kuryenko no daba crédito a sus ojos.

Sentado al volante del coche, había estado esperando la salida de Baby, como ella había pronosticado, pero, en verdad, convencido en su fuero interno de que era la última vez que veía a aquella sorprendente mujer, y de que, transcurrido el plazo convenido, ella no saldría, y de que, a las doce y un minuto, los cañones de los navíos de la exigua flota pascuense abrirían fuego contra la impresionante flota yanqui.

Y, sin embargo, allá tenía a la anciana, caminando tranquilamente hacia el coche, después de haber salido de la casa presidencial como si fuera la suya propia.

—Es extraordinaria —pensó el espía ruso—. No me sorprende que jamás nadie haya podido con ella. Espero que ahora me explique cómo ha convencido al Presidente Ayala para que no…

Un nuevo pensamiento cruzó por la mente de Kuryenko.

¡Claro! ¡Eso tenía que ser! Simplemente, Baby no se había atrevido a hacer nada, al ver la inexpugnable vigilancia, y había pretextado cualquier cosa para justificar su permanencia allí, y finalmente, se iba, sin haber intentado nada…

La anciana, cuyo rostro resultaba ahora un poco grotesco debido a la parcial destrucción del maquillaje, llegaba en aquel momento al coche. Se sentó junto a Kuryenko, y dijo:

—Vámonos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Iván.

—Lo previsto.

—¿Lo previsto? ¿Quiere decir que ya no se iniciará esa guerra?

—Exactamente. Lléveme ahora a la plaza Universo.

Kuryenko puso el coche en marcha. Mientras conducía, miraba de reojo a Baby, que había colocado el retrovisor hacia ella e intentaba recomponer un poco su grotesco aspecto.

—Maldita sea mi estampa —exclamó por fin Iván—. ¡Dígame de una vez cómo lo ha hecho!

—Está hecho, y es lo que importa, Iván.

—Sí, pero…

—Se lo diré con una condición.

—¿Qué condición?

—Quiero mi maletín.

—¿Su…? ¡De acuerdo!

—Comprenda que no puedo ir por ahí con este aspecto tan extraño. ¿Verdad que se empieza a notar que soy un poco más joven de lo que quiero aparentar?

—Sí… La verdad, está usted ridícula. Y muy extraña.

—Por eso quiero mi maletín. A veces he pensado en retirarme de esta vida y dedicarme al teatro. Tengo la certeza de que sería una buena actriz. Más aún: excelente. Y es que, durante todos estos años de espionaje, he tenido que aprender a fingir hasta para mí misma. Es repugnante, ¿verdad?

—Sí lo es —casi sonrió Kuryenko—. ¿Cómo lo ha hecho?

—¿El qué?

—¡Convencer al Presidente Ayala para que no rompa las hostilidades!

—Ah, sí. Bien; de aquí en adelante lo pensaré detenidamente antes de hablar mal del poderío atómico.

—¿Qué quiere decir?

—Le he dicho al Presidente Ayala que si disparaba un solo cañonazo iban a salir dos «Poseidón» del fondo del mar, que harían papilla La Pascua, y que si insistía, saldrían otros dos proyectiles más hacia el interior del país. Algo terrible.

—¿Ustedes habrían hecho eso? —Se aterrorizó Kuryenko.

—No. Pero él ha creído que sí lo haríamos. ¿Y sabe por qué, Iván?

—¿Por qué?

—Porque no espera nada bueno de nadie. Igual se habría creído que íbamos a lanzar una bomba atómica cien veces más poderosa que la de Hiroshima. Pero a mí me pareció exagerado decir eso.

—Usted… está hablando en serio, claro.

—Completamente. ¿Quiere saber también el porqué de esta guerra?

—¡Claro que quiero saberlo!

—Pues se lo voy a explicar de punta a rabo. Veamos: el Presidente Ayala, en vista de…

Mientras Kuryenko seguía conduciendo hacia la plaza Universo, Baby le fue explicando los motivos, planes, temores y desengaños de Waldo Ayala. Cuando terminó estaban llegando a la plaza Universo, y Kuryenko no podía estar más sombrío. Por fin, detuvo el coche, quedó unos segundos silencioso, y luego murmuró:

—En cierto modo, estoy de acuerdo con ese hombre.

—¿De veras?

—Es un bárbaro, pero quizá yo habría hecho lo mismo.

—Su postura es muy comprensiva, Iván. Quizá lo es tanto que acceda a decirme por qué Rusia prestó tanto dinero amablemente, y luego comenzó a exigir, de pronto.

—No lo sé.

—¿No lo sabe o no quiere decírmelo?

—Seguramente tampoco se lo diría, pero, de verdad: no lo sé.

—Bien. Tendré que quedarme sin saber eso, pero no es posible saberlo todo en la vida. Lo importante es que esa guerra ni siquiera va a empezar. Ahora, su parte, Iván.

—La cumpliré, no se preocupe.

—Está bien. Voy a apearme ahora, y…

—Espere. Quiero hacer una llamada antes. ¿Le importa?

—No.

Kuryenko sacó su radio de bolsillo y apretó el botón de llamada. Baby identificó la voz de Boris en la que respondió:

—¿Sí?

—Boris, escucha bien: esto ha terminado, así que llama al número que te indique ahora mismo. Cuanto antes.

—¿No habrá guerra? —Se oyó la exclamación de Boris.

—No.

—No.

—¿Pero…, cómo ha podido…?

—Ya te lo explicaré. Llama inmediatamente y avisa al jefe especial que esté tranquilo. Nada va a ocurrir. Luego, empieza a desatar a los americanos, y procura que queden un poco presentables para sacarlos de ahí.

—O sea, se los vamos a devolver a Baby.

—Hicimos un trato, y ella ha cumplido. Prepáralos: yo voy para ahí en seguida, les recogeré en el coche y se los llevaré a Baby, a casa de Madrazo. Así se convino y así se hará. Es todo, Boris. Adiós.

—Adiós.

Kuryenko cerró la radio, la guardó y miró sonriente a la divina espía.

—Supongo que no hay nada más que hablar —dijo.

—No. Gracias, Iván. Me alegro de no haber tenido que matar a ningún ruso esta vez.

—Todavía no sabemos si el del aeropuerto que recibió el balazo se salvará.

—Lo siento. Pero yo también tengo a un compañero muy gravemente herido. Quizá salve la vida, pero no es seguro que pueda volver a caminar.

—También siento eso —murmuró Kuryenko.

—Y ya que hablamos de él, creo que le he ganado una apuesta a usted: un helicóptero.

—Dígame dónde y cuándo lo quiere.

—Naturalmente, la CIA va a cambiar la onda radial de Santa Pascua —rió Baby—, pero, mientras tanto, aprovecharemos que usted tiene una radio que puede recibir mis llamadas, así que le llamaré cuando Simón esté en condiciones de ser evacuado. Adiós, Iván. Quizá, hasta nunca.

—Oh, todavía tengo que devolverle a sus compañeros. Es posible que nos volvamos a ver.

—Posiblemente. Adiós.

—Espere… ¿Se da usted cuenta de que, con su intervención, al impedir esa guerra, le ha privado a su país de una estrella más en su bandera? Si usted no hubiese intervenido, dentro de muy poco Santa Pascua quizá fuese un Estado más de los Estados Unidos… Otra estrella en su bandera.

—Ya tenemos suficientes estrellas en nuestra bandera. Y además, tenemos todas las que podamos desear en el cielo.

—Sí… Pero las del cielo no están al alcance de ustedes, ni de nadie.

Brigitte Montfort se quedó mirando muy seriamente a Iván Kuryenko, y antes de salir del coche replicó:

—Afortunadamente, porque también dejaríamos el cielo sin

estrellas.

Se alejó unos pasos del coche, y se volvió. Kuryenko siguió su marcha, dejándola allí, sola, atrayendo las sorprendidas miradas de la gente. Sin hacer caso a nadie, Baby caminó hacia el sitio que le pareció más adecuado para dominar la bahía y ver los barcos pascuenses en el puerto militar, y, más allá, la Flota de su país destinada al Pacífico.

Eran las once y diez de la mañana.

A las doce y cinco minutos, sin que nada hubiera sucedido, Baby se alejó de allí, llegó al borde del circular paseo y llamó por señas a un taxi.

—Avenida del Mar, mil doscientos quince, por favor —pidió.

El taxi se detuvo ante el jardín, la pasajera pagó su carrera, se apeó, cruzó la verja y fue hacia la casa. No le importaba lo más mínimo que Juan Luis Madrazo hubiese estado trabajando para rusos y americanos a la vez. No le guardaba ni una pizca de rencor, porque, a fin de cuentas, nada decisivo había aportado. Si acaso, el ministro de Economía Nacional de Santa Pascua se había mostrado en todo momento contrario a la guerra. Eso era una especie de seguro de vida para Juan Luis Madrazo.

La puerta de la casa estaba abierta. Distraída, la empujó y entró. Sólo cuando hubo dado unos pasos por el vestíbulo salió de su abstracción, alzando vivamente la cabeza, alarmada.

Nada.

Silencio.

La pistola prestada por Iván Kuryenko apareció en la mano de Baby Montfort.

—¿Juan Luis? —llamó.

Silencio.

—¿Miguel…, Ruperto…?

Silencio absoluto.

Aquella extraña sensación que ella llamaba su «timbre de alarma» comenzó a sonar en su cerebro. Se deslizó silenciosamente hacia el cobijo de las escaleras que llevaban al piso alto, y durante un par de minutos estuvo inmóvil, atenta, esperando, vigilando.

Era un silencio de tumba.

Sin hacer el menor ruido, Baby se deslizó ahora hacia el salón. Entró velozmente, rodeó un par de sillones y fue a arrodillarse

detrás del sofá. Luego, asomó la cabeza y vio ante ella, y delante del sofá, sentado en un sillón a Juan Luis Madrazo. Estaba inmóvil, con los ojos desorbitados, la boca abierta angustiosamente. Sus ojos parecían de cristal, y en el pecho, en la blanca camisa, tres manchas de sangre estaban formando un trébol, finalmente unidas.

Una cosa era segura: Juan Luis Madrazo ya no volvería a trabajar para la CIA, ni para la MVD, ni para nadie.

La mirada de Baby fue hacia la puerta del salón, pero nadie apareció, no oyó el menor ruido. Con no pocas precauciones salió de allí, llegó en pocos segundos hasta la cocina. Allá, tendidos uno de bruces y otro cara al techo, estaban Ruperto y Miguel, tan ensangrentados como su amo.

Una intensa palidez apareció bajo el malparado maquillaje de disfraz de la espía.

—Simón —susurró.

Salió de la cocina y fue hacia la parte de la casa donde estaban los dormitorios del servicio. Llegó ante la puerta del que ocupaba Simón y la empujó, apartándose hacia un lado. Luego, cautelosamente siempre, atisbo hacia la cama…, y lo que vio le hizo respingar: un hombre estaba sentado junto a la cama de Simón, y tenía una pistola apoyada en la sien del herido agente secreto. Un hombre de unos cincuenta años, fornido, de rostro anguloso, fuerte, y que llevaba unos grandes lentes de sol, de cristales muy oscuros. Un hombre que mostró unos dientes blanquísimos, al sonreír…, como podría sonreír un lobo.

—Pase, Baby. Pero antes deje caer la pistola… O mejor aún: tírela por el pasillo, bien lejos. Que yo vea eso.

La espía internacional vaciló. Y la pistola que empuñaba aquel hombre apretó más la sien del desvanecido Simón. Toda indecisión despareció. Baby tiró la pistola lejos, deslizándola por el piso, y entró en el dormitorio. Se acercó a Simón y le tomó el pulso, angustiada.

—Está vivo —dijo el hombre—. Si le hubiese matado, como he hecho con los demás, ¿cómo habría podido dominarla a usted, que tanto quiere a sus compañeros? Siéntese, si quiere.

Baby se sentó al otro lado de la cama, mirando fijamente al hombre.

—¿Es usted el jefe especial de la zona? —preguntó.

—Iván es demasiado hablador —sonrió el hombre—. Pero no importa ya.

—¿Piensa matarme?

—Sí. Ya no me sirve de nada. Ha hecho lo que yo quería. Por lo tanto, la mataré, la llevaré a Rusia y cobraré veinte millones de rublos. ¿Realmente no habrá guerra?

—Realmente. Parece que ha habido suerte.

—Sí —sonrió el ruso—. Mucha suerte. A Rusia no le habría hecho mucha gracia que Estados Unidos se quedase con Santa Pascua.

—Nadie se va a quedar con Santa Pascua. Ni siquiera Rusia.

—Ya se verá eso. Nos deben mucho dinero. Pero usted, sin duda, ya debe haber comprendido que no se trata de dinero vulgar y corriente. Nos interesa Santa Pascua mucho, y por eso hemos hecho lo que ha sido necesario para evitar esa guerra. Ahora que parece que se ha evitado, seguiremos con nuestros proyectos de proteger a Santa Pascua.

—Ya no van a necesitar su protección: les van a devolver su material bélico, y el resto de la deuda la saldarán muy pronto, con dinero regalado.

—Regalado…, ¿por quién?

—Por unos amigos míos.

—Bueno, eso ya se verá. Dudo mucho que haya amigos suyos capacitados para oponerse a los planes de Rusia.

—No acabo de comprender tanto interés por este país tan pobre —dijo la espía, displicente.

—¿No? Pues nos interesa mucho introducirnos aquí. Y le voy a decir por qué, ya que va a morir muy pronto. Sólo he querido darme el gusto de que me viese, de oír su voz, de hacerle saber que yo, Vladimir Barkian, agente especial en el exterior de la MVD, jefe internacional en Sudamérica, soy quien va a matarla. Para…

—¿Cuál es el interés de Rusia por Santa Pascua?

—Plata. ¿Sabía usted que los rusos tenemos de todo, o casi de todo, menos plata? Bueno, sí que tenemos, pero poca, comparándola con nuestras necesidades de toda índole. En cambio, las montañas interiores de Santa Pascua están llenas de plata. ¡Qué digo llenas de plata…! Más bien diría yo que son todas ellas de plata pura.

—Ya. Y ustedes quieren ser los… concesionarios de esa explotación. Por eso prestan dinero, y luego lo exigen. Finalmente, habrían llegado a un acuerdo: a cambio de no exigir el préstamo realizado, pedirían la explotación argentífera del país.

—Muy lista.

—Y como, según interpreto, nadie sabe que en Santa Pascua hay plata, a los pascuenses les habría parecido un buen negocio ese convenio.

—Sí. Pero alguien sabía esto…

—Juan Luis Madrazo.

—Exacto. Fue él quien, decidido a aumentar el potencial económico de su país, decidió efectuar unas cuantas exploraciones mineras por el interior. Tres ingenieros fueron comisionados secretamente por él para realizar el trabajo. Cuando le dijeron lo que habían encontrado, ¿qué cree que hizo Juan Luis Madrazo?

—Les mató.

—Sí… ¡Sí, eso es! ¡Usted es lista, de veras! Les mató, y, como ya estaba trabajando para la CIA y para la MVD, estuvo algunos días muy indeciso. Por fin, me llamó: quería un millón de dólares anuales si conseguía que Rusia explotase los yacimientos del país.

—Demasiado ambicioso.

—En efecto —sonrió el ruso desconocido—. Igual que yo mismo, sólo que… yo no soy Madrazo. Regresaré a Rusia con un triunfo sin precedentes en espía alguno. Póngase en pie: no quiero matar tan vulgarmente a la agente Baby. Ah, y gracias por secundar mis planes impidiendo esa guerra.

—¿Puedo pedirle un favor? —susurró Brigitte.

—Si es razonable… —Volvió a sonreír el ruso.

—Creo que sí: no mate a mi compañero. Se lo suplico.

—Tonterías… Póngase en pie.

Brigitte Montfort se quedó mirando a aquel hombre. Sabía que no iba a vacilar, que lo tenía todo pensado y decidido. Nada le detendría. Estaba muy pálida, y dentro, en su pecho, sentía una angustia horrible, como si todo se fuese estrujando, despedazando. Ni siquiera podía intentar nada, teniendo la cama por medio. Era, por fin, el momento de morir. Había llegado. Siempre llega. Un día u otro, el espía muere, si no sabe retirarse a tiempo. Y ella no había sabido…

De pronto, se puso en pie, y alzó la barbilla orgullosamente, tras quitarse los lentes de anciana. Sus ojos azules quedaron perfectamente visibles. Ya no había miedo, no había congoja, no había más que una serenidad total. Era una espía, y había llegado su hora. Muy pronto, como ella había hecho otras veces, alguien diría: adiós, espía.

Y eso sería todo.

El ruso alzó la pistola lentamente, gozando el momento.

Plop, chascó el silencioso disparo.

La cabeza del ruso de los lentes reventó en rojo surtidor escalofriante, debido a la bala que recibió en la sien derecha. Saltó hacia su izquierda, como un guiñapo, dio contra la pared y desapareció de la vista de Brigitte, al otro lado de la cama.

Baby miró entonces hacia la puerta, y se quedó mirando a Iván Kuryenko, que estaba inmóvil, pistola en mano, todavía apuntando hacia donde había estado la cabeza de su jefe especial. Kuryenko estaba lívido como un cadáver, pero su mano esta vez no temblaba lo más mínimo.

Se guardó la pistola, y se adelantó hacia la petrificada agente norteamericana.

—Sus amigos están abajo, en el coche, todavía. Tienen las llaves de un helicóptero y les he dicho dónde pueden recogerlo cuando usted lo necesite. En cuanto a mi presencia aquí —alzó lo que llevaba en la mano izquierda—, sólo quise tener el gusto de devolverle personalmente su maletín.

—Gracias, Iván.

Este es el final

—Gracias por recibirme, señor Presidente.

Waldo Ayala sonrió tristemente, señaló un sillón delante de su mesa, y se sentó cuando aquella hermosa muchacha de largos cabellos negros y ojos azul cielo lo hubo hecho.

Alzó una pequeña cartulina de color rosado.

—Aquí dice usted que se llama Brigitte Montfort.

—Ese es mi nombre, en efecto.

—Pues ha rejuvenecido mucho desde la última vez que nos vimos, hace tres días. Y, francamente, la suponía ya muy lejos de Santa Pascua… Tan lejos como la Flota del Pacífico.

—No he estado demasiado lejos. Solamente en Lima, donde tuve que llevar a una persona, que volverá a vivir plenamente, no sentado en una silla de ruedas. Lo cual, señor Presidente, me ha puesto de excelente humor.

—No la entiendo, pero me alegro. ¿De verdad es usted la misma persona que me dijo lo de los proyectiles atómicos?

—De verdad. Debo decirle que su… recurso fue muy aceptable: pedir disculpas a los Estados Unidos, aceptar las sanciones o molestias que esa declaración de guerra pueda acarrear a su país, y luego simular unas maniobras militares que, dado su escaso éxito, le han inducido a devolver el material bélico a los rusos. Le felicito. Y además he venido a traerle un regalo.

—¿Usted a mí? ¿Otro regalo?

—Sí —rió la divina espía—. Otro regalo. Digamos que… quiero compensarle por haberle mentido: Estados Unidos jamás pensó en disparar proyectiles atómicos contra Santa Pascua.

—¡Qué dice usted…! —exclamó Ayala, poniéndose en pie.

—Fue una treta mía. Señor Presidente, soy la mujer más embustera, hipócrita y descarada del mundo. ¿Podrá perdonarme?

Waldo Ayala abrió los brazos, en gesto de impotencia.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —farfulló—. Ahora ni siquiera puedo disponer de material bélico, pues les he dicho a los rusos que se lo voy a devolver, que no quiero nada con ellos. Siguen sin gustarme los rusos. Son unos…

—Cuidado —susurró Brigitte—. Seguramente va a ser injusto, señor Presidente. Para que una persona nos disguste no tiene necesidad de ser ruso. Hay rusos buenos y rusos malos. Hay norteamericanos buenos y norteamericanos malos. Hay pascuenses buenos y pascuenses malos… No generalice.

—No la entiendo muy bien. ¡Y, maldita sea, usted va a tener que explicarme esa mentira de los proyectiles, sus propósitos, su interés en todo esto que…!

—Prefiero hablar del regalo que le he traído. ¿Puede usted gastar quince o veinte mil dólares?

—¿Gastar? Si es usted quien me trae el regalo, no comprendo…

—Contrate unos cuantos ingenieros de Minas de los mejores que pueda encontrar.

—¿Para qué? Mire: lo que yo necesito no es gastar dinero en tonterías, sino recibir dinero. Y usted me dijo que algunos pequeños países me iban a regalar treinta mili…

—Ya no lo harán. No es necesario. Contrate un buen equipo de ingenieros de Minas y dígales que, con el mayor secreto, busquen plata en sus montañas. Ese es mi regalo. Y ahora, permítame que me retire —miró su relojito—. Mi avión sale dentro de cuarenta minutos, y nunca he perdido un avión.

No lo perdió.

Y una semana más tarde, al anochecer, la señorita Brigitte Montfort recibía un telegrama, procedente de La Pascua (Santa Pascua). El texto era el siguiente:

> La montaña más grande de Santa Pascua es para usted. Con mis respetos,
>
> Ayala.

—¿Buenas noticias, señorita? —preguntó Peggy, su fiel doncella, al verla sonreír.

—Regulares —sonrió la divinísima espía—. Me regalan una montaña de los Andes.

—¿Y para qué quiere la señorita una montaña? —Se pasmó la criada.

—Pues eso me pregunto yo, querida… Para nada. Prefiero las estrellas del cielo. Esas nadie podrá quitármelas nunca.

FIN